
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL OJO DEL INFIERNO
BURTON HARE

«El sirviente inclinó la cabeza y abandonó la estancia.

Fuera, el lúgubre quejido del viento se agudizó.

El coronel empezaba a decir algo referente a su viaje de regreso a la metrópoli, cuando un espantoso alarido se elevó erizándoles los cabellos, dominando el bramido del viento y la tempestad.

Fue tan lacerante, tan agudo, que pareció incluso atravesar las gruesas paredes de la mansión».



Burton Hare

El ojo del Infierno

Bolsilibros: Selección Terror - 123

ePub r1.3
xico_weno 31.08.16

Título original: *El Ojo del Infierno*
Burton Hare, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

El viento parecía un ser vivo y furioso allá fuera, haciendo rechinar y crujir puertas y ventanas, ora rugiendo igual que una fiera salvaje, luego calmándose hasta quedar convertido en un interminable lamento angustioso, un quejido lastimero que se filtraba por las rendijas y estremecía los cristales.

En el inmenso salón una mujer comentó:

—Mala noche ha elegido tu hermano para llegar a Bloonfield Manor, John.

El mayor Caldwell mordisqueó su negra pipa y no replicó, abstraído al parecer en su contemplación de las llamas que se alzaban en la negra boca de la gran chimenea.

—¿No me has oído, querido? —insistió su esposa.

—Disculpa… ¿Qué dijiste?

Ella suspiró resignadamente.

—Nunca me haces el menor caso —quejóse—. Decía que es una noche muy mala para tu hermano.

—Es cierto; lo va a pasar muy mal, acostumbrado al condenado clima de la India.

Se levantó, apartándose de la chimenea. Era un hombre grande, de fiero aspecto. Un poblado mostacho grisáceo contribuía a dar mayor fiereza a su rostro cuadrado y enérgico, de buen militar.

Caminó hasta el ventanal y apartando el cortinaje de terciopelo miró al exterior.

La nieve se arremolinaba a impulsos del viento. Parecía como si toda la tierra se hubiera convertido en un inmenso sudario blanco.

Un corpulento perro dogo que dormitaba cerca de la chimenea levanto la cabeza y miró melancólicamente la figura de su amo. Luego, volvió a acurrucar el hocico entre las patas delanteras y cerró los ojos.

En alguna parte un postigo golpeó con fuerza.

El viento volvió a rugir huracanado y todo el colosal edificio pareció estremecerse ruidosamente.

—Quizá se haya quedado en Londres —dijo el mayor de pronto, regresando hacia la chimenea—. Por lo menos eso es lo que hubiera hecho cualquiera con sentido común en una noche como ésta.

Su esposa murmuró:

—Me temo que el sentido común no es una cualidad que adorne a tu hermano…

Sólo obtuvo un gruñido como respuesta.

Unos golpes en la puerta anunciaron la entrada de un sirviente.

Era delgado, alto y de tez oscura.

—¿Qué le ocurre, Bahadur?

El hindú cerró la puerta a sus espaldas y se aproximó a su amo.

—Es la hora de su medicina, *sahib*.

—Cierto.

El sirviente hindú alargó la mano en la que sostenía una cajita.

—Sírveme un *brandy*, Bahadur.

El aludido inclinó la cabeza y se apartó.

La esposa del mayor susurró:

—No deberías beber licor, querido. El doctor dijo…

—No menciones a ese curandero. Bastante hago aceptando esas abominables pastillas para complacerte. Pero la mejor medicina, lo creas o no, es un buen *brandy* de diez años.

Esperó a que el sirviente dejara la copa ante él para engullir un comprimido con un gesto de desagrado.

Silenciosamente, el hindú salió del salón como una sombra.

Un golpe de viento se coló por la chimenea, arremolinando el humo.

El perrazo agitó las orejas y abrió un ojo. Vio que todo estaba en calma y volvió a cerrarlo.

Luego, por el bramar del viento, una voz grité algo en medio de la nevada y el ex militar se levantó de un salto.

—¡Ahí está, después de todo no se quedó en Londres!

—Se necesita valor para viajar en una noche semejante —comentó *lady* Caldwell.

—El valor nunca ha escaseado en nuestra familia —rió su esposo abriendo una caja de cigarros—. En todo caso, sentido común sí que

nos haya faltado, pero no valor…

Eligió con cuidado un cigarro, lo olió, haciéndolo crujir entre los dedos antes de llevárselo a los labios.

Estaba encendiéndolo cuando de nuevo llamaron a la puerta.

Esta vez fue la sirvienta quien anuncio:

—El coronel Caldwell acaba de llegar, señor.

—¿Y qué esperan para traerlo aquí?

—Está hablando con Jharia, señor.

—Claro, la conoció en la India cuando ella era casi una chiquilla.

Expelió una bocanada de humo aromático. Su mujer torció el gesto, pero se abstuvo de todo comentario en esta ocasión.

Unos instantes más tarde, un hombre entró con paso marcial. Era tan alto como el mayor, de anchos hombros que se mantenían firmes a pesar de la edad, y plantándose a unos pasos del matrimonio, exclamó:

—¡Mi querida familia, qué clima de perros tenéis aquí! ¿Cómo estás, Joyce? A ti no te pregunto nada, hermano, porque basta con verte para saber que la vida te trata bien.

—Hola, George. Pensábamos que te habrías quedado en Londres en una noche como ésta. Debe haber sido un viaje muy desagradable, con tanta nieve, y ese viento…

Los dos hermanos se estrecharon las manos. La mujer se limitó a mirarles sin pronunciar palabra.

—¿Dónde dejaste el uniforme, George? —exclamó el mayor.

—En Londres. Acabo de pedir una licencia indefinida. No pienso volver a la India en todos los días de mi vida. Pero ya hablaremos de eso.

—¿Que te retiras del ejército?

—Lo dices en un tono como si fuera una blasfemia. Te repito que ya hablaremos de eso.

Bahadur apareció en la puerta tan silencioso como una aparición.

—¿Señor?

El mayor le hizo un gesto para que entrara.

—Ya sabes adónde hay que llevar el equipaje del coronel…

Éste terció:

—Y ocúpate de que el cochero sea bien atendido. Ha estado

refunfuñando todo el viaje y no le faltaba razón. Pero yo estaba impaciente por llegar.

El hindú se retiró.

—John, tus sirvientes hacen que me sienta casi en el lugar de donde vengo… ¿Todos son hindúes?

—No todos. Pero he de confesar que ellos son los más fieles y eficientes que tuve jamás… Por eso les traje conmigo cuando me licencié.

—Ya vi a Jharia… Se ha convertido en una mujer muy bella. Pero bueno, Joyce, ni siquiera me has saludado.

—Prefiero mantenerme en un segundo y discreto plano ante tu personalidad arrolladora. No has cambiado mucho en estos años, George.

—Puro cumplido por tu parte. He cambiado. ¿Quién mejor que yo para saberlo? Tengo ya cincuenta y nueve y aunque me resisto a decirle adiós a la juventud aún peleo a brazo partido con ella. Pero sé que tengo perdida la batalla de antemano.

Se rió, aproximándose a la chimenea donde culebreaban las llamas.

El perro volvió a abrir un ojo y miró al desconocido.

De pronto se irguió resoplando, y sus ojos adquirieron una expresión salvaje y amenazadora. Empezó a gruñir con su bronca voz.

El mayor le contempló sorprendido.

—¿Qué le pasa a «Tigre»? —exclamó *lady* Caldwell.

—No lo sé, de pronto parece agresivo… ¡«Tigre»! Échate ahí, ¿lo oyes, perro estúpido? ¡Échate te digo!

El perrazo dejó de gruñir, pero en lugar de volver a tenderse junto al fuego dio media vuelta y se alejó hasta el otro extremo del gran aposento.

George Caldwell comentó:

—Por lo visto no simpatiza conmigo.

—Ya se calmará. Bueno, hermano, siéntate y cuéntanos cosas de la India. ¿Querrás creer que hay ocasiones en que siento nostalgia de la vida en Calcuta?

George Caldwell ocupó una butaca ante el fuego y se frotó las manos.

A la luz de la llamas, su cabello casi por completo blanco brilló

con rojizos chispazos. Hizo un largo silencio roto sólo por el crepitar de las brasas y el aullido lúgubre del viento.

El mayor indagó:

—¿Cenaste ya, George?

—Lo hice en una posada. Pero aceptaré un buen *brandy* si lo tienes a mano.

—Por supuesto. Llamaré a Bahadur…

—Deja en paz a ese hindú. Yo puedo escanciarme una dosis más generosa por mí mismo.

Se levantó y fue a servirse.

De pronto, por entre el retumbar del viento, se oyó un gran estrépito en alguna parte, voces excitadas y luego el sordo impacto de algo muy pesado al golpear una pared.

—¿Qué infiernos…? —barbotó el mayor, volviéndose hacia la puerta.

Se acercó al cordón de la campanilla y agitándolo esperó la llegada del sirviente.

Bahadur apareció casi un minuto más tarde. El mayor Caldwell estaba furioso.

—¿Dónde estabas, y qué ruido fue ése?

—El caballo, *sahib*.

—¿Qué caballo?

—Él del coche que trajo al coronel… De pronto se espantó. Ha volcado el coche y ahora están intentando calmarle…

—¿Quién lo espantó?

—Nadie, *sahib*. Estaba bajo el cobertizo de los establos. No había nadie más allí.

—Algo debe haberlo asustado, a menos que sea un animal medio loco.

Él mismo sonrió ante la idea de la demencia de un caballo.

Su hermano comentó con ironía:

—Te aseguro que durante el viaje no dio muestras de estar mal de la cabeza. Parecía un caballo muy serio…

Se echó a reír, llevándose la copa cerca del fuego donde volvió a sentarse.

El mayor refunfuñó:

—Procura que no haya más alteraciones, Bahadur. Y dile al cochero que se ocupe mejor de su trabajo.

El sirviente inclinó la cabeza y abandonó la estancia.

Fuera, el lúgubre quejido del viento se agudizó.

El coronel empezaba a decir algo referente a su viaje de regreso a la metrópoli, cuando un espantoso alarido se elevó erizándoles los cabellos, dominando el bramido del viento y la tempestad.

Fue tan lacerante, tan agudo, que pareció incluso atravesar las gruesas paredes de la mansión.

CAPÍTULO II

El mayor y su hermana atravesaron corriendo el enorme caserón hasta irrumpir en el ala ocupada exclusivamente por la servidumbre, las cocinas, despensas, y la entrada a la bodega.

Había una impresionante excitación allí. El mayor rugió:

—¡Silencio! ¿Quién gritó de ese modo?

El vozarrón del militar tuvo la virtud de acabar con el excitado parloteo. Entonces, tanto los sirvientes hindúes como los demás, cambiaron miradas llenas de ansiedad.

Pero nadie replicó.

De pronto el coronel gruñó:

—No veo al cochero que me trajo de Londres… ¿Dónde está, fue él quien gritó?

Bahadur carraspeó. Estaba lívido bajo su piel aceitunada.

—Sí, *sahib*…

—Bueno, ¿y por qué gritó de ese modo, dónde está ahora?

—Corrió, *sahib*… Estaba fuera, junto al caballo. De pronto gritó y echó a correr… Estaba como loco, gesticulando y gritando…

El mayor refunfuñó:

—Debía estar realmente loco para echar a correr en medio de esta condenada tormenta.

A grandes zancadas se dirigió al portón que cerraba aquella parte del caserón, lo abrió y al instante una helada ráfaga de viento le hizo vacilar sobre los pies.

No se veía nada allí fuera, excepto la nieve arremolinada por el viento y la línea de cipreses humillados y oscilantes a causa del ventarrón.

Volvió a cerrar precipitadamente.

—No podemos dejar a eso desgraciado abandonado a su suerte bajo la nevada… Habrá que salir a buscarlo.

—Yo iré contigo —gruñó su hermano—. Vamos a por unos abrigos. Y que nos acompañen un par de tus sirvientes con faroles de petróleo. Será fácil seguir sus huellas.

Bahadur titubeó, pero acabó dando media vuelta para ir en busca de abrigos y lámparas.

El coronel volvióse hacia el grupo de silenciosos sirvientes. Le sonrió a una muchacha de tez oscura, enormes ojos negros y rasgados cuyo cuerpo bajo el sencillo vestido era una filigrana repleta de belleza y encanto.

—Dime, Jharia… ¿Qué sucedió ahí fuera?

Ella se estremeció.

—No lo sé, *sahib*… Sólo oí el grito. Terrible, espantoso…

George Caldwell sonrió deslizando la mirada por aquel rostro hermoso y crispado ahora por el temor.

—La última vez que te vi, en tu país, eras apenas una chiquilla —dijo de pronto—. Has cambiado mucho, Jharia.

Ella abatió la mirada y no replicó.

Bahadur regresó cargado con gruesos abrigos. Otro sirviente le seguía con dos lámparas de petróleo encendidas, equipadas con pantalla cerrada a prueba de viento.

Los dos hermanos se enfundaron en los abrigos, lo mismo que los criados. Rápidamente salieron al exterior donde les azotó la ventisca con sus dedos helados.

Se veía una luz allí donde estaban los establos, y el cobertizo. Caminaron apresuradamente, encorvados, embistiendo al viento y la nieve.

Bajo el gran cobertizo de los establos se detuvieron en seco, asombrados.

El caballo yacía de costado, muerto.

—¿Cómo diablos…?

El mayor se interrumpió al descubrir la extraña y negra mancha en el cuello del animal.

Bahadur se mantenía en un segundo plano sosteniendo una de las lámparas.

El otro criado, tiritando, castañeteó los dientes y miró en torno medrosamente.

—No comprendo de qué ha muerto ese animal tan súbitamente hermano —rezongó el mayor—. Fíjate en esta mancha… parece una

quemadura. ¿Será eso lo que le ha matado?

El coronel se inclinó.

—Tiene una extraña forma... y es una quemadura sin duda alguna. ¿No crees, John?

—Tal vez... pero no había visto jamás morir un caballo de ese modo tan súbito. ¿Viste si tenía esa quemadura al venir?

—No me fijé.

—Claro... pero parece reciente. Y muy profunda. No comprendo cómo pudieron herirlo de ese modo.

—Mejor que nos ocupemos del cochero —refunfuñó George—. Hace un frío de mil diablos aquí fuera y cuanto antes terminemos mejor.

Al apartarse del animal muerto, Bahadur exclamó:

—¡Mire, *sahib*...!

Señalaba la portezuela del volcado coche que había traído al coronel Caldwell. Alguien la había golpeado con tan inusitada furia que la había atravesado. La madera estaba astillada en el centro.

Perplejo, el mayor gruñó:

—¿Qué diablos significa esto? Han golpeado la madera con algo duro... una barra de hierro quizá, porque al volcar el coche no puede haber tropezado contra ningún saliente puesto que ésta es la portezuela que queda encima...

—Dejémonos de tonterías y busquemos al cochero de una vez —rezongó su hermano.

De modo que se pusieron en marcha abandonando el cobertizo.

Las huellas de pies estaban muy claras y eran sumamente fáciles de seguir... sólo que no había las de un hombre, sino de dos.

—¡Maldita sea, alguien le perseguía! —exclamó el mayor.

George se acuclilló con cuidado, el viento zumbando en torno y arremolinando la nieve.

—Qué extraño —murmuró—. Diríase que el perseguido parecía encontrarse en apuros... Vamos a seguir las huellas.

La voz de su hermano pareció devolverle a la realidad. Estaba sumamente perplejo.

—Qué extraño —murmuró—. Diríase que el perseguidor pesaba menos que un niño... las huellas apenas se hunden en la nieve. Sin embargo pertenecen a unos pies de adulto. Y muy desarrollado diría yo. Fíjate, John.

—¡Trae la luz, Bahadur! —Gruñó el mayor inclinándose.

Efectivamente las huellas eran de grandes pies descalzos.

Y apenas si se hundían inedia pulgada en la gruesa capa de nieve.

En cambio las del cochero que debió correr desesperadamente se hundían profundamente. La nieve debía llegarle casi a los tobillos.

Cuando se irguió había una mirada asombrada en sus ojos.

—¡Pies desnudos! —balbuceó—. ¿Cómo se explica esto?

—¡Increíble!

—¡Bueno, vamos de una vez!

Echaron a andar apresuradamente siguiendo el rastro en la nieve. Se mantenían en fila india, a un lado de la sucesión de huellas para no borrarlas.

Así atravesaron la barrera de cipreses a los que el viento huracanado doblaba inmisericorde, aullando entre sus ramas, que crujían sonoramente.

George Caldwell comentó sin detenerse:

—El hombre debía correr como un gamo a juzgar por la distancia de sus pasos… no obstante aquí las huellas empiezan a ser irregulares… como si se tambaleara…

—Ya no puede llevamos mucha ventaja si dejó de correr, como parece…

Había un frondoso bosquecillo de hayas frente a ellos; oscuro y azotado bárbaramente por el viento. Las huellas se internaban entre los árboles, irregulares.

John Caldwell gruñó:

—¿Sabes cómo se llama ese hombre, George?

—Lo ignoro. Alquile su coche esta tarde, pero no le pregunté el nombre.

—Habría que gritar, llamarle para que supiera que estamos aquí…

Su voz se extinguió repentinamente, porque en alguna parte otra voz demencial emitió un alarido tan estremecedor, tan salvaje y vibrante que ahogó incluso el rugido del viento.

—¡A la derecha, John! —gritó George echando a correr.

Menos de un minuto después hallaron el cuerpo tendido en la nieve.

Estaba retorcido de un modo increíble, como si una fuerza

sobrehumana hubiera quebrado todos sus miembros. El rostro, cuando aproximaron una lámpara, descubrieron que estaba renegrido, despellejado de un modo espantoso, como si una llama a presión lo hubiera quemado hasta los mismos huesos.

A su alrededor la nieve estaba fundida y del cuerpo se alzaba una suave nube de vapor.

Bahadur y el otro sirviente se echaron atrás horrorizados. El mayor, rígido, apenas podía creer lo que estaba viendo.

Su hermano balbuceó:

—No comprendo… no comprendo nada… ¿Cómo ha muerto, John?

—Eso quisiera saber. Y también quisiera saber «por qué» ha muerte. Y «quién» le ha matado, porque esto es un crimen, George, sin la menor duda.

—Es como si el cuerpo hubiera ardido… como si aún estuviera ardiendo, John, porque derrite la nieve a su entorno…

—Y con esta temperatura no deja de ser un auténtico fenómeno. ¿Buscamos al criminal? No puede estar muy lejos.

—Sigamos sus huellas. Hay que atrapar a ese engendro.

Sólo que no había huellas.

Ni una sola huella de aquellos grandes y misteriosos pies desnudos.

—¿Te das cuenta? —Balbuceó el mayor—. Es como si se hubiera esfumado en el aire… como si hubiera volado.

—Tal vez se subió a los árboles. El ramaje es muy espeso. Bahadur, acerca la luz.

El hindú permaneció donde estaba. Tenía una mirada desorbitada por el miedo en sus ojos negros y todo su fuerte y nervudo cuerpo temblaba.

—¿Qué te pasa, tienes miedo? ¡Trae esa condenada luz!

George se la arrebató violentamente y alzándola por encima de sus cabezas trató de ver entre el ramaje cubierto de nieve.

No pudieron hallar el menor rastro del ser misterioso que había matado al cochero.

John Caldwell comentó, más asombrado cada vez:

—No se subió a los árboles, George. Si lo hubiese hecho, sin duda las ramas por las que pasara estarían ahora limpias de nieve…

—Es cierto. Pero ¿cómo diablos pudo huir sin dejar ningún

rastro?

—Me temo que eso no lo sabremos hasta que ese individuo sea detenido. Si logran detenerlo alguna vez. Vamos, regresemos, hay que trasladar a ese desgraciado.

Bahadur se echó atrás. El otro sirviente, un inglés más bien gordo y que no trataba tampoco de ocultar su miedo, titubeo.

—Está muerto, estúpidos —bufó el mayor—. ¿De qué diantre tenéis miedo? ¡Tú, Hafey, levántalo!

A regañadientes, el hombre obedeció. Pero tan pronto sus manos tocaron el renegrido cuerpo lanzó un grito y echándose atrás chilló:

—¡Quema, señor… es como si estuviera ardiendo…!

—¿Te has vuelto loco?

Con los dientes castañeteándole, el sirviente adelantó las manos hacia la luz.

En las palmas mostraba profundas quemaduras, como si las hubiera apoyado sobre una plancha de hierro al rojo vivo.

CAPÍTULO III

George Caldwell daba cortos paseos a lo largo de su cuarto.

Fuera seguía nevando y la cruda luz del amanecer invernal penetraba por la ventana, a través de cuyos cristales podía contemplarse el paisaje nevado, los árboles encanecidos por el blanco sudario de nieve, y la lejana bruma que se elevaba en el pantano, cual denso humo que surgiera del infierno.

Encendió un cigarrillo y permaneció absorto frente a los cristales, viendo nevar, profundamente preocupado.

Ni los policías rurales ni el médico habían podido explicar cómo había muerto el cochero. Sólo se habían asombrado y tras reconocer su ignorancia mandaron retirar el cadáver.

Ahora quedaba el misterio del crimen, y de las extrañas huellas de pies desnudos, grandes y tan misteriosas como todo el condenado caso.

Expelió el humo contra los cristales. Luego, se dirigió al armario.

Los criados habían distribuido sus ropas en los colgadores y cajones. Habían vaciado todas sus maletas excepto la pequeña, sólidamente cerrada y asegurada.

Era un reducido maletín de viaje y lo sacó. Pesaba mucho y mientras lo trasladaba a la cama un escalofrío de excitación le sacudió.

Tras manipular en los cierres metálicos alzó la tapa. Retiró una cubierta de terciopelo y apareció un mar de joyas de increíble y exótica belleza.

Había diamantes engarzados en complicadas monturas. Rubíes de chispeantes destellos, piezas de oro, grandes collares de perlas; en un saquito de gamuza refulgían decenas de diamantes de sublime pureza de talla. Cadenas de oro y brillantes, pulseras y anillos en una profusión esplendorosa.

Era imposible calcular ni siquiera aproximadamente el valor de semejante tesoro, pero el coronel estaba seguro de que, vendiéndolo de modo inteligente obtendría millones por él. Una fortuna enorme, suficiente para permitirle vivir el resto de su vida sin necesidad de sufrir preocupación alguna.

Incapaz de resistir el hechizo de su tesoro, Caldwell desparramó las gemas por encima del lecho, absorto y estremecido.

Tras él, la puerta se abrió y la voz de su hermano dijo:

—Vi luz y supuse que no te habías acostado…

Su voz se extinguió al descubrir los millares de destellos de aquel sinfín de joyas.

El coronel hizo una mueca.

—Ya que has entrado, acércate. En toda tu vida volverás a ver una belleza semejante.

—George… ¿Qué diablos es todo esto?

—Mi tesoro. Mi retiro si lo quieres con palabras más llanas.

—Pero… pero…

Estaba tan asombrado que fue incapaz de hablar.

George Caldwell rió entre dientes.

—Apuesto que nunca imaginaste que pudiera existir una fortuna como ésta, John.

—¿De dónde procede?

—Eso es un poco complicado explicarlo. Toda una historia.

—Increíble.

—¿Imaginas lo que un hombre puede obtener contando con esta fortuna?

El mayor se estremeció. Sus ojos duros estaban fijos en la cara de su hermano y poco a poco sus facciones se pusieron tirantes.

—George —murmuró—, espero que detrás de estas joyas no haya nada deshonroso… una indignidad que atente contra nuestro honor…

—En absoluto.

—Pero de algún modo poco claro han llegado a tus manos.

De nuevo el coronel se echó a reír.

—Confieso que corrí algunos riesgos para conseguir este tesoro, pero eso fue todo.

John Caldwell apartó la mirada de su hermano para fijarla en las joyas. Instintivamente, sus dedos las revolvieron distraídamente,

apartando los montones de perlas, las piezas de oro, los rubíes…

De pronto vio una fina cadena de oro en cuyo centro colgaba una extraña pieza. Mirándola con atención, se descubrían en ella notables semejanzas con un ojo humano.

Suponiendo que un ojo humano pudiera expresar tamaña maldad.

—¿Qué es eso? —murmuró.

—No lo sé… no creo que tenga mucho valor. Imagino que se trata de una turquesa con un pequeño circón incrustado en el centro, sólo que le dieron forma de ojo humano.

—No sólo le dieron forma —refunfuñó el mayor—, sino que le infundieron una extraordinaria expresión…

—Para mí es sólo un colgante como otro cualquiera. El ídolo lo llevaba en el cuello.

—¿Qué ídolo?

—Una monstruosidad de piedra que había en lo más profundo de las ruinas del templo que descubrí. Fue una pura casualidad, John, porque las ruinas estaban absolutamente cubiertas de vegetación en la selva. Las ralees de los árboles habían agrietado y derruido la mayor parte de los muros, la cortina de lianas lo cubría todo y crecían matorrales entre las pocas piedras que aún se mantenían en pie.

—No comprendo…

—Es sencillo. Habíamos cabalgado persiguiendo una partida de rebeldes exterminando a la mayoría. Un pequeño grupo se internó en la selva y fuimos tras ellos. Mis lanceros estaban agotados y al fin decidimos acampar. Yo me adelanté después reconociendo el terreno y fue cuando descubrí las ruinas. Decidí volver otro día con tiempo y calma y así lo hice. ¿Comprendes ahora?

—Ya veo. Descubriste el tesoro y te lo llevaste.

—Cualquiera hubiese obrado de igual forma. No pertenecía a nadie porque aquel templo tenía miles de años de abandono. No había sacerdotes ni fieles ni visitantes. Debió pertenecer a una civilización indostánica ya extinguida y olvidada. Hice algunas discretas averiguaciones y nadie supo darme razón de los orígenes del templo ni de su religión.

—No obstante, George, no acaba de gustarme que te llevaras el tesoro…

—¡Por todos los diablos, John! ¿Qué te ocurre? Estaba abandonado desde milenios. Allí no había más que un ídolo grotesco, serpientes y lagartos.

—¿Sabes cómo se llamaba el lugar?

—Vi algunas inscripciones. Imagino que el nombre sería algo así como Kabir-Naja, que maldito si sé lo que significa. Escucha, para que tengas una idea del lugar le diré algo más. Las ruinas que quedaban se sostenían por el apoyo de la vegetación. El ídolo estaba en el centro de un enorme altar de piedra, y era tan increíblemente viejo que la sola conmoción producida por mí al alejarme lo desmoronó. Se hizo añicos, desplomándose entre una polvareda tan pronto como me nube apartado de él. Era así de viejo y ruinoso.

—Y este ojo, o lo que sea, dices que estaba en torno al cuello de la figura…

—Así es. Hube de romper la cadena de oro para sacárselo, aunque es fácil de arreglar. Pensaba repararla antes de venderlo para que no estuviera desvalorizado.

—Se me ocurre que si alguien en la India supo lo que hiciste no le gustaría. ¿Has pensado en eso?

—Nadie supo una maldita palabra. Me ocupé muy bien de eso, para que se mantuviera el más absoluto secreto.

—Bien, no sé qué decirte. Pero pienso en las supersticiones indígenas. En consecuencia, te agradeceré que hagas todo lo posible para que nuestros sirvientes hindúes no sospechen siquiera nada de todo esto.

—¿Cómo diablos podrían sospecharlo? Yo no voy a decírselo, por supuesto.

El mayor cabeceó sin poderse librar por entero del oscuro temor que le asaltaba.

Cuando se retiró lo hizo profundamente preocupado, sin advertir siquiera la intrigada mirada de su hermano, que le siguió hasta que hubo cerrado la puerta después de salir.

Sólo entonces, el coronel devolvió el tesoro al maletín.

Cuando le tocó el turno al extraño colgante en forma de oro, examinó el pequeño eslabón roto de la cabeza. No le fue difícil repararlo y tras esto, aunque fuera una reparación provisional, guardó también la joya junto a las demás.

El día había levantado lo suficiente y ya resultaba absurdo

acostarse. George Caldwell sentíase cansado después de su viaje desde Londres en el bamboleante coche, la agitación y los sucesos de la noche y todo lo que siguiera; la llegada de la policía, del médico, las interminables investigaciones y el consiguiente desconcierto…

Estaba cansado, ésa era la verdad. Tendiéndose sobre la cama junto al maletín cerrado trató de alejar de si la multitud de encontrados pensamientos que le asaltaban.

No lo consiguió.

Los troncos que ardían en la chimenea provocaban una loca danza de sombras en las paredes. George comenzó a notar una creciente agitación impropia de un hombre sereno y equilibrado.

De repente cayó en la cuenta de que no podía apartar de su imaginación el extraño colgante parecido a un ojo humano.

Se sorprendió de la persistencia de ese recuerdo, puesto que había multitud de joyas infinitamente más bellas y valiosas.

Acabó abriendo el maletín y tomando el colgante.

El ojo se balanceaba en la cadena de oro. Al reflejar el brillo rojizo de las llamas parecía cobrar súbita vida y el coronel se estremeció.

Parecía vivo. Por lo menos era viva la maldad que proyectaba con su pupila verdosa, que con el chispear del fuego sugería un poder diabólico, mortal y nefasto con su creciente expresión inquietante.

Asombrado, George Caldwell se incorporó en el lecho, apoyándose sobre un codo, mientras con la otra mano sostenía en alto la gema.

Poco a poco recordó cómo había descubierto el colgante en el grueso cuello del terrorífico ídolo. La inexplicable impresión que recibiera entonces, al creer que aquel ojo le miraba amenazadoramente… hasta que lo descolgó y el ídolo se hizo añicos, destruyéndose y dejando así al descubierto el escondrijo donde estaba el resto del tesoro.

Como obedeciendo a una fuerza superior se llevó la cadena al cuello y la cerró. El colgante quedó sobre su pecho y contra lo que cabía esperar su contacto no tenía el frío de la piedra preciosa en que estaba construido, sino que era cálido, tibio como su propia piel.

Repentinamente sintió una súbita contracción en todos sus músculos. Un tirón atroz que estuvo a punto de arrancarle un alarido.

La sangre fluyó tumultuosa en sus arterias y un terrible dolor se extendió hasta la última partícula de su cuerpo.

Simultáneamente experimentó unas increíbles energías, una vitalidad como no recordaba haber tenido nunca desde sus años mozos…

Frenéticamente se arrancó la joya del cuello, mirándola con ojos extraviados. Al instante, la sangre se aquietó y su cuerpo recobró la calma, perdiendo también aquel soplo vital que parecía haberlo fecundado de modo sobrenatural mientras el colgante estuvo en su cuello.

Exhausto, se recostó en la almohada, la mente convertida en un caos estremecido de excitación, de temor…

No pudo cerrar los ojos en toda la mañana pero tampoco halló valor suficiente para volver a colocarse la joya al cuello.

CAPÍTULO IV

El mayor Caldwell miró a su hermano con reprobación.

—Pero si llegaste ayer de Londres, George —exclamó—. ¿Por qué diablos pretendes viajar de nuevo a la ciudad con los caminos cubiertos de niebla?

El coronel se encogió de hombros.

—Voy a vender algunas de las joyas… Las más sencillas para no levantar suspicacias, ya sabes. Sólo para tantear el mercado.

—Pero eso puede esperar a que mejore el tiempo. Aquí no necesitas ningún dinero…

—Tengo dinero en efectivo, pero quiero tantear los precios, ya te lo dije. ¿Puedo contar con uno de tus coches?

—Por supuesto que sí, aunque debiera decirte que no para evitar esta insensatez. Habrá que oír al cochero.

—Entonces no se hable más. Estaré en Londres un par o tres de días, supongo… ¿Quieres advertir que preparen el coche?

John Caldwell refunfuñó sus protestas, pero acabó asintiendo. Su hermano subió rápidamente las escaleras y se encerró en su cuarto donde seleccionó algunas de las joyas de menos valor, entre ellas el colgante.

Lo metió todo en una bolsa de gamuza, preparó otro maletín con las prendas imprescindibles para una estancia de dos o tres días en Londres y tras esto salió.

Estaba terminando de comer cuando Bahadur anunció la llegada del médico y el sargento de policía del condado.

El mayor expresó su desagrado por tamaña intromisión con una serie de gruñidos. *Lady* Caldwell susurró:

—Diles que aguarden unos minutos en la biblioteca, Bahadur.

Su marido refunfuñó, cuando el sirviente hubo salido:

—No van a dejarnos en paz de ahora en adelante. Ese sargento

es un inepto, y el medicucho ése no le anda a la zaga… No creo que en toda su vida puedan resolver el caso que tienen entre manos.

—Eres muy injusto, querido. Están poniendo su mejor voluntad.

—Con voluntad solamente no se resuelven los misterios.

Quince minutos más tarde los dos hermanos y *lady* Caldwell se reunían con el obeso representante de la ley y el doctor Gardfield.

Ambos hombres mostraban una expresión de desconcierto.

Hubo unos saludos más bien protocolarios, y después el sargento preguntó:

—He repasado las declaraciones de todos ustedes, mayor… ¿Está seguro que en ningún momento vieron el resplandor de un fuego?

—¿Fuego?

—El cadáver estaba abrasado, de eso ya no cabe la menor duda.

El médico terció:

—Horriblemente abrasado diría yo. No pudo haber sido quemado hasta semejante extremo sin unas llamaradas muy violentas… y visibles.

George gruñó:

—En ningún momento vimos siquiera el más mínimo resplandor, no hubo ningún fuego, de eso pueden estar seguros.

—Imposible.

—Los sirvientes estaban a nuestro lado. Pregúntenles a ellos. Es más… sólo un par de minutos antes de encontrar el cadáver oímos gritar a aquel desgraciado… un grito terrible.

—Sí, leímos estas declaraciones… pero son totalmente asombrosas por lo inexplicables. En dos minutos es imposible destruir un cuerpo humano hasta ese extremo. No sólo por la violencia del fuego que debió abrasarlo, sino por los miembros rotos, como si los hubiera retorcido una fuerza colosal…

Lady Caldwell emitió un leve quejido y susurró:

—Si no tienen inconveniente, prefiero retirarme… Todo esto es tan espantosamente desagradable…

Esperaron a que se cerrara la puerta. Tras esto, el mayor masculló:

—Vimos el cadáver, por lo tanto sabemos en qué estado se hallaba. Pero he de insistir en que no hubo ningún fuego y en que murió en escasos minutos, puesto que oímos su grito.

El sargento y el médico cambiaron una mirada perpleja.

Luego, el coronel dijo:

—Estoy de acuerdo en que se trata de un misterio sin explicación lógica. Tampoco tiene explicación la desaparición de las huellas de pies desnudos… ¿Han llegado a alguna conclusión al respecto?

—Ésta es otra —suspiró el sargento—. Tal parece que el perseguidor del cochero se evaporó en el aire.

—Eso es imposible. ¿Para qué pensar en ello siquiera? Estamos 1881, sargento, en plena civilización. No vaya usted a creer en brujas.

—Sólo intento descubrir un crimen, coronel. No soy supersticioso y esas huellas forzosamente deben tener una explicación racional. Pero ustedes las vieron primero que yo… ¿Se les ha ocurrido alguna…?

Los dos hermanos se miraron, perplejos.

—Desde luego que no, sargento —rezongó el mayor—. En todo caso ésa es su tarea. Hay un asesino en alguna parte, de eso es de lo único que podemos estar absolutamente seguros. Búsquelo. Y trate de molestar lo menos posible a los ciudadanos respetables del condado. ¿Comprende lo que quiero decir?

El sargento enrojeció. Asintió con un gesto, murmuró una despedida y él y el médico se fueron bastante desconcertados.

John Caldwell rió entre dientes.

—Has sido excesivamente duro con el buen sargento, hermano.

—Es necesario recordar a esta gente, de vez en cuando, cuál es su verdadera posición.

Desde la ventana vieron partir el coche que trajera a los dos visitantes. George suspiró.

—Creo que yo también me iré. Quiero llegar a Londres antes de la noche.

—Entonces habrás de darte prisa. El coche debe estar a punto.

El coronel tomó el maletín y los dos hombres se encaminaron a la salida.

Apenas abrieron la puerta hasta ellos llegó el agudo grito que vibró en el aire unos segundos.

—¿Quién diablos ha gritado de ese modo? —bufó el mayor.

Por la esquina apareció Bahadur. Su cara estaba gris y sus ojos tan desorbitados que parecían a punto de saltarle de la cara.

—¡Maldita sea! —Rugió el mayor Caldwell—. ¿Qué diablos te sucede ahora?

—¡La pared, *sahib*…!

—¿Qué pared?

—¡Vengan!

Echaron a correr tras él resoplando y maldiciendo.

Más allá de la esquina estaba el cobertizo de los establos.

El coche del mayor estaba preparado y el cochero sujetaba a un inquieto caballo que parecía dispuesto a salir de estampida.

El sirviente hindú señaló un muro de piedra.

—¡Miren! —jadeó castañeteándole los dientes.

Unos oscuros trazos aparecían grabados en la piedra.

El coronel no pudo evitar un grito de alarma.

—¡Kabir-Naja! —rugió—. ¿Quién ha escrito eso, Bahadur?

—¡No lo sé, *sahib*!

—¡Nadie lo escribió! —dijo el cochero, aterrorizado.

—¿Te has vuelto loco? Las letras están ahí profundamente grabadas en la piedra. Es un trabajo que lleva horas realizarlo en una piedra tan dura…

—¡No, no, señor! —Balbuceó el hombre—. ¡Nosotros vimos aparecer los trazos… hasta que se formaron las palabras! Le digo que es obra de brujería…

—¡Tonterías!

El mayor soltó una sana de juramentos como en sus buenos tiempos del ejército.

—¡Ya basta! —Rugió al fin—. ¿Quieres dejar de decir estupideces? Esos trazos han sido grabados en la piedra, no solamente escritos en ella. ¿Pretendes hacernos creer que han aparecido por arte de magia?

—¡Ante nuestros ojos, mayor, se lo juro!

Bahadur murmuró:

—¡Es cierto, *sahib*! —Soltó un quejido y añadió casi sin voz—: ¡Estamos malditos…!

—No empieces con supersticiones o te echaré a paladas. ¿Qué significan estas palabras grabadas en la piedra? Pertenecen a tu enrevesado idioma… debes conocerlas.

—Yo no… no quiero saberlo…

—¡Te ordeno que hables, Bahadur! Empiezo a cansarme de todo

este misterio.

El coronel avanzó un paso hacia el criado hindú:

—Cálmate, son sólo palabras, Bahadur. ¿Qué significado tienen?

—No lo sé con certeza, coronel. Hubo una antigua religión llamada así en tiempos remotos… Adoradores del demonio Naja… una divinidad infernal que…

—¡Deja de decir tonterías! —Gruñó el mayor—. Demonios, poderes infernales, adoradores de un demonio…

—Un demonio con cabeza de serpiente, mayor —insistió el sirviente.

George no pudo contener una exclamación:

—¡El ídolo!

—¿Qué?

Se dio cuenta de su indiscreción y masculló:

—Nada… era sólo una idea. El caso es que estas palabras grabadas en la piedra no pueden haber aparecido solas.

—Insisto en que se grabaron solas, señor, ante nuestros ojos. ¿No es cierto, Bahadur?

El cochero temblaba.

El sirviente hindú cabeceó, asintiendo.

John Caldwell se inclinó hacia el muro. Con el extremo del dedo índice comprobó la profundidad de los trazos, estupefacto.

—Incomprensible —balbuceó—. El fondo de las hendiduras es extraordinariamente pulimentado.

—Alguien está tomándose muchas molestias para impresionarnos a todos —masculló el coronel—. Me pregunto con qué fines, John.

—Maldito si lo sé. ¿Aún piensas emprender el viaje a Londres?

—Por supuesto, a menos que tengas algún inconveniente.

—En absoluto.

—Entonces, creo que ya hemos perdido demasiado tiempo. Hablaremos sobre todos estos misterios a mí regreso si te parece.

Su hermano se mostró de acuerdo y poco después el coche se alejaba por el blanco camino, siguiendo las huellas del que se llevara el sargento y al doctor Gardfield.

Al quedar solos, Bahadur murmuró:

—*Sahib*, haríamos bien abandonando esta mansión… Al menos por un tiempo.

El mayor le miró de mala manera.

—Si insistes en decir estupideces, la abandonarás con un buen puntapié en las posaderas —refunfuñó—. ¿Crees que a estas alturas voy a creer en divinidades infernales importadas de tu país?

Bahadur no replicó. Eran muchos años de obediencia absoluta, de aceptar sin una réplica las órdenes del mayor Caldwell para que pensara en rebelarse precisamente entonces.

Sin embargo él sabía que la maldición se había abatido ya sobre las vidas de todos ellos.

CAPÍTULO V

La niebla cubría Landres espesa como melaza. George Caldwell se encerró en la habitación del hotel y a través de los cristales de la ventana contempló la masa gris, impenetrable, que flotaba en el exterior.

Ardía el fuego en la chimenea caldeando el cuarto. El silencio era absoluto invitando al descanso y a la relajación.

No obstante, el coronel de lanceros estaba tan nervioso que el descanso quedaba muy lejos de sus posibilidades.

Durante todo el viaje desde Bloonfield Manor había tenido la sensación de que algo o alguien viajaba junto a él, vigilándole, acechándole de modo implacable a pesar de estar convencido de que tal cosa era absolutamente imposible.

Incluso había mirado hacia atrás incontables veces sólo para asegurarse que nadie seguía al coche ni le espiaba desde los recovecos del camino.

Después estaba la profunda inquietud producida por la sensación vivida en su cama al colocarse el colgante al cuello. Era algo que no olvidaría en mucho tiempo.

Encendió un cigarrillo y tras asegurarse de que la puerta del aposento estaba bien cerrada con llave vació la bolsa de gamuza contemplando una vez más las joyas que había seleccionado para esta primera venta.

El colgante destacó de nuevo como una cosa letal, viva, con su extraña y maligna pupila.

Estuvo mirándolo mucho tiempo, absorto, luchando con un profundo y oscuro deseo.

Al fin, tomándolo en las manos lo acercó a la luz. La pupila verde-negra lanzó diabólicos destellos que le fascinaron. Pero también le repelieron hasta el extremo de que, resueltamente, lo

metió en la bolsa de gamuza, guardó las otras joyas y trató de sobreponerse al torbellino de absurdas ideas que le asaltaban.

Cuando se acostó estaba convencido de que tan pronto se hubiera desprendido de las joyas, todos esos temores absurdos desaparecerían. Así se quedó profundamente dormido.

Aunque no alcanzó el descanso porque las atroces pesadillas que turbaron su sueño hicieron interminable la noche, cubrieron su cuerpo de fría transpiración y le sobresaltaron una vez tras otra haciéndole desear la llegada del día.

* * *

El profesor Arden era considerado como uno de los mejores expertos en asuntos hindúes. Durante infinidad de años había estudiado a fondo la cultura hindú, sus religiones, sectas, costumbres y supersticiones, unas veces por pura afición; otras, subvencionado por la poderosa Corporación Oriental. Últimamente el propio Gobierno de Inglaterra había corrido con los cuantiosos gastos de su expedición.

Delgado, de corta estatura, el profesor Arden miraba a través de unas gafas de gruesos cristales que le daban aspecto de búho.

El coronel Caldwell se sintió un tanto incómodo ante aquella mirada miope.

—Tal vez no he sabido explicarme con suficiente claridad, profesor —murmuró, apurado—. He vivido los años suficientes en la India para conocer bien a sus gentes y sus religiones actuales. Lo que deseo de usted es una opinión respecto a una secta extinguida hace muchísimos años…

—Trataré de complacerle, coronel. La India es un país fascinante… tiene tantas facetas ocultas todavía, tantos misterios por desvelar… ¿A qué secta se refiere?

—Tengo entendido que se llamaba Kabir-Naja.

El hombrecillo parpadeó detrás de sus gafas.

—Kabir-Naja —murmuró arrugando el ceño—. Fue una religión funesta.

—De modo que la conoce.

—Habré de consultar algunas de mis viejas anotaciones y eso nos llevará algo de tiempo. Pero recuerdo mis investigaciones sobre los fanáticos adoradores del diablo Naja. Hube de vencer increíbles

reticencias de los nativos para averiguar lo que me interesaba. No querían hablar en absoluto de semejante tema.

—Entonces es usted el hombre que necesito. Hábleme de ese viejo culto diabólico.

—En principio no cabe duda de que fueron unos fanáticos enloquecidos y sanguinarios los seguidores de Naja. Celebraban horribles ceremonias negras con numerosos sacrificios humanos. Jóvenes doncellas eran sacrificadas por el fuego después de ser ofrecidas a sus ídolos.

—¿Por el fuego dice usted?

—¿Podía esperarse otra cosa de quienes adoraban a un diablo?

George Caldwell se estremeció.

—Siga, por favor.

—Primero consultaré mi archivo. Póngase cómodo… no soy muy ordenado, usted sabe y quizá lleve cierto tiempo localizar lo que nos interesa.

—Estoy dispuesto a valorar debidamente el tiempo que le robe, profesor.

—No hable de eso, coronel. Para mí es siempre un placer hablar de estos asuntos con un oyente tan ávido como usted.

Pasaron casi treinta minutos antes de que el profesor Arden tuviera ante él, sobre la mesa, unos viejos legajos cubiertos de apretada escritura.

—Permítame que dé un repaso a todos esos datos —dijo, empujando los lentes sobre su nariz—. La mayor parte de lo aquí escrito no hace al caso con lo que estamos tratando, son recuerdos de mis andanzas… trataré de concretar los aspectos estrictamente relacionados con la secta Kabir-Naja.

El coronel esperó consumiendo cigarrillos preguntándose una vez más qué extraño impulso le hacía empujado a consultar al profesor Arden.

En realidad había acudido al estudioso con la confusa esperanza de que disipara sus inquietudes, unas inquietudes que en vano trataba de ridiculizar para sí mismo.

Al fin el hombrecillo dijo:

—Mire usted, coronel. Esta secta se supone que se extinguió hace centenares de años y sus fanáticos seguidores fueron exterminados por los guerreros de distintos maharajás. Y hay que

reconocer que no les faltaba razón para eliminarlos. Parece ser que raptaban jóvenes doncellas en número creciente para sacrificarlas a sus ídolos, aunque se supone que no sólo las sacrificaban, sino que las utilizaban también para las bajas apetencias de quienes se decían servidores del diablo Naja.

—Tengo entendido que sus ídolos tenían cabeza de serpiente…

—En efecto. Pero con una particularidad que aún no he podido descubrir. La cabeza del ídolo carecía de ojos. Era una cabeza ciega.

George Caldwell murmuró:

—Éste es un detalle muy curioso, ¿no le parece?

—Ellos creían que sus ídolos no necesitaban ojos para ver y saber. Veían con la mirada de Naja, el demonio. Se esforzaban por adquirir también ellos el poder diabólico porque ese poder les hacía inmortales, poderosos, viriles y fuertes. Poseo algunas anotaciones que no dejan lugar a dudas. A quienes entraban en posesión del «poder» nada podía destruirles. El tiempo se detenía para ellos y conservaban para siempre todo su vigor y juventud.

—¿Y ese poder lo adquirían mediante sus abominables sacrificios de doncellas?

—Eso no lo sé. Ni creo que lo sepa nadie en la actualidad. Hay que tener en cuenta que hoy día es casi imposible encontrar nadie en la India que conozca los pormenores de una secta tan remota.

—Sí, claro.

El profesor siguió manoseando sus viejas anotaciones y de pronto dijo:

—Otro dato que obtuve… En contraste con otras sectas fanáticas hindúes, los intrusos que profanaban sus lugares sagrados no eran molestados en absoluto. Ellos creían que quien fuera lo bastante insensato como para profanar los dominios de Naja se destruiría a sí mismo y a quienes amara.

El coronel se estremeció. Siguió formulando preguntas y escuchando las respuestas en un vano intento de profundizar más y más en el oscuro y siniestro misterio de la sanguinaria secta.

Cuando se despidió del profesor conocía un poco más respecto a los adoradores del ídolo que destruyera en las lejanas selvas indostánicas, pero no había logrado sustraerse a los extraños y profundos temores que le turbaban inquietándole hasta extremos inconcebibles.

Capítulo VI

Sentado ante la ventana, miraba fascinado el colgante que sostenía en la mano.

Por su mente desfilaban las palabras del profesor Arden, mezclándose con extrañas imágenes que ya viera en sus pesadillas.

La niebla se arremolinaba al otro lado de los cristales velando la visión de la ciudad. Un pesado silencio parecía envolver toda la tierra.

De pronto se decidió y con gestos bruscos colocó la cadena del colgante en torno a su cuello y cerrando los ojos se recostó en la butaca, esperando, avergonzado en cierto modo por dejarse influir por absurdas supersticiones…

¿O no eran supersticiones?

Repentinamente, como un golpe, «aquello» estaba otra vez allí, lacerando su cuerpo, estremeciéndole, sacudiéndole salvajemente todos los huesos.

Saltó de la butaca como arrojado por una catapulta, todo él retorcido como un jadeante gusano sobre la alfombra.

El dolor atroz que le mataba se extendía en continuas oleadas hasta paralizarle el cerebro, pero simultáneamente el corazón empezó a golpearle en el pecho con redoblado vigor. La sangre saltó tumultuosa y ardiente en las arterias, como un torrente de vida, de nuevo vigor.

Un soplo vital, ardiente como una llama, parecía quemarle los miembros. Un rojo estallido pareció inundar sus pupilas cuando el dolor llegó a su cenit y casi perdió el conocimiento, retorcido, angustiado en el suelo.

Y luego, poco a poco, como una marca que se retira, el dolor cedió. La sangre, caliente y repleta de energía, circuló con fuerza por todo su cuerpo, pero ya sin angustia, mientras el corazón latía

con firme ritmo, tan firme como un corazón joven y lleno de energía.

Se quedó inmóvil, sollozando, hecho un ovillo, incrédulo ante el hecho de estar vivo después de la atroz experiencia.

Era incapaz de comprender qué le había sucedido, a qué había obedecido el feroz asalto de la tortura. De lo que no cabía ninguna duda en su fuero interno era que todo ello había sido producido por aquel colgante diabólico que ahora pendía sobre su pecho, como tiempo atrás colgara del cuello del ídolo con cabeza de serpiente.

Esperó como sumergido en un dulce mar de calma. Empezó a pensar con cegadora claridad de ideas y abrió los ojos. Vio la alfombra pegada a su rostro, los muebles y la niebla al otro lado de la ventana.

Y sus manos.

Las movió para asegurarse de que eran las suyas y no las de un extraño.

Las manos obedecieron a las órdenes de su cerebro.

De modo que eran las suyas.

Las manos de un hombre de veinticinco o treinta años, fuertes, sin arrugas.

Estupefacto, se irguió. Sus miembros tenían una soberbia agilidad, una fuerza como no recordaba haber poseído jamás.

Creyendo sufrir una pesadilla se dirigió hacia el gran espejo que cubría una puerta del armario.

El hombre que se reflejó en él le arrancó un grito de estupor, porque era la primera vez que le veía…

Un hombre alto, fuerte, poderoso, con unos veintiocho años a lo sumo, de rostro atractivo curtido por el sol de la India.

Ni siquiera en su auténtica juventud había experimentado la potente virilidad que ahora notaba en su cuerpo.

No podía creerlo a pesar de todo y era incapaz de apartar la mirada de aquella imagen soberbia que se reflejaba en el espejo.

La imagen de un hombre para el que no habría barreras capaces de oponerse a sus deseos. Era la imagen de un triunfador.

Hubo de retroceder hasta el lecho y sentarse en él, asombrado, desbordado por los acontecimientos, por el prodigio de que era protagonista.

Comenzó a pensar en su situación, en su nueva vida, en el

maravilloso futuro que se abría ante sus ojos.

Al fin regresó ante el espejo y volvió a mirar la imagen de orgullosa prestancia que no era otro que él mismo. Se sonrió, estremecido de emocionada anticipación.

Luego comenzó a pensar en el modo de presentarse ante su hermano. Jamás podría justificar ante él su nueva personalidad, pero eso no le preocupó ante el hecho de su juventud pletórica de hermosas posibilidades.

Además ¿para qué necesitaba de John y su gazmoña mujer? Todo lo que precisaba era recuperar el maletín con las joyas, venderlas y gozar después de todos los placeres que la vida le brindaría.

Se dedicó una irónica mueca a sí mismo y poco después abandonó el hotel.

La venta de las joyas que había traído en ese primer tanteo del mercado le produjo algo más de dos mil libras. Una fortuna como no imaginara, teniendo en cuenta que habían sido las piezas menos valiosas del asombroso tesoro.

* * *

La niebla se alzó a última hora de la tarde procedente del pantano, envolviendo la mansión y difuminando el nevado paisaje, sumergiéndolo en su densa cortina que ahogaba todo sonido.

Lady Caldwell dejó la taza de té sobre la mesita y tomó de nuevo su labor de punto, mientras el mayor saboreaba su pipa sentado frente a la chimenea, con el enorme perrazo tendido a sus pies.

No se oía un ruido en todo el enorme edificio. El silencio del exterior parecía haber invadido también la mansión.

De pronto, *lady* Caldwell murmuró:

—No comprendo qué razón obligó a tu hermano a volver a Londres de modo tan súbito, John. Acababa de llegar y si me permites decirlo, se me ocurre que su comportamiento no fue demasiado correcto.

—No pretenderás fiscalizar su vida —refunfuñó el mayor de mal talante—. Es soltero… completamente libre. Supongo que puede ir a donde se le antoje sin necesidad de dar explicaciones.

—No te sulfures. Fue sólo un comentario.

—Sí, ya conozco tus comentarios.

El mayor pensó en la fortuna de su hermano. No en la fortuna material representada por aquellas joyas y el dinero que pudiera tener sino en la menos concreta de su libertad, de su soltería. Suspiró con nostalgia y sintió un ramalazo de envidia.

En aquel instante la puerta se abrió violentamente y Bahadur entró tambaleándose.

Su rostro era una máscara de terror, los ojos parecían a punto de saltarle de la cara y tenía la piel de un curioso color grisáceo.

El mayor dio un brinco, levantándose estupefacto y furioso.

—¿Qué infiernos te sucede, maldita sea? Te enseñe a llamar a las puertas.

—¡*Sahib*…!

—¿Qué pasa? Cualquiera diría que viste al diablo en persona.

—Lo vi, mayor…

—¿A quién?

—Al demonio, mayor… Ha matado a Jharia, a Hafey… a la señora Morrison… Están muertos, mayor…

El hindú se desplomó de rodillas, todo su cuerpo estremecido como por un ataque de malaria.

Lady Caldwell lanzó un grito, levantándose.

—¿Oíste esas cosas horribles, querido? —balbuceó.

El mayor sacudió la cabeza, aturdido. Sintió violentos deseos de azotar a su sirviente hasta despellejarlo, como se estilaba en sus buenos tiempos de la ludia.

—Si estás bebido, te colgaré de una viga, Bahadur —gruñó furioso—. ¿Qué tonterías estás diciendo?

—Lo vi… estamos condenados, alguien trajo la maldición desde mi patria…

—¡Qué maldición ni qué…! —Soltó un bufido—. ¡Levántate!

A grandes zancadas el mayor se dirigió a un sólido escritorio de nogal, abrió un cajón y de un zarpazo empuñó su enorme revólver del ejército. Comprobó que estuviera bien cargado y levantando el martillete se volvió.

—Vamos a saludar a quien sea que se ha introducido en mi casa, Bahadur. ¡Maldita sea, levántate de una vez! Tú quédate aquí y no te muevas, querida.

Lady Caldwell asintió. No sabía bien si estaba aterrorizada o no. Por supuesto que no creía en maldiciones ni estupideces semejantes.

Pero el pánico del sirviente hindú era genuino, de modo que algo debía haber visto.

Instintivamente, acarició la gran cabeza del perro, que runruneó agazapado junto a su butaca.

Más allá de la puerta, el mayor irrumpió en el ala del edificio exclusivo de la servidumbre. Fue al entrar en la cocina que se detuvo herido como un rayo.

Tras él Bahadur no pudo contener un quejido al contemplar otra vez el atroz espectáculo.

Los tres cadáveres yacían en absurdas posturas, sobre el sucio. Negros, calcinados, apenas conservaban una ligera semejanza con lo que fueran en vida.

—¡Santo cielo! —jadeó John Caldwell.

—¡Se lo dije, *sahib*!

El cuerpo de Hafey, un hombre corpulento, parecía haber empequeñecido. El de la señora Morrison, la cocinera, estaba derribado junto a una mesa, con las manos semejantes a garbas negras y descamadas engarfiadas en la pala de madera. Allí donde se habían sujetado, la madera estaba profundamente chamuscada.

Más allá, el que fuera hermoso y grácil cuerpo de Jharia era sólo un calcinado revoltijo de miembros retorcidos, una visión de pesadilla.

Sintió náuseas, y un terror creciente, mientras tras él oía el castañeteo de los dientes del sirviente hindú.

De pronto oyeron un tremendo alboroto en los establos… Los caballos relinchaban y pateaban como si quisieran echar abajo las cuadras.

De un salto el coronel estuvo en la puerta y la abrió. Un jirón de nieblas se coló por la abertura, pero ni siquiera la niebla pudo ocultar el rojo resplandor que culebreaba en las ventanas del establo.

—¡Fuego! —Rugió—. ¡Hay que sacar a los animales de allí!

Echó a correr, sin apenas recordar que aún llevaba el revólver en la mano.

Las llamas se habían iniciado al fondo de la gran nave, allí donde se amontonaba la paja seca. Crepitaban prendiendo en los muros y el entramado de vigas de madera. Los animales saltaban y se agitaban intentando romper sus ataduras.

Frenético, el mayor desató los más próximos. Luego, los otros rompieron las cuerdas y saltaron enloquecidos hacia el portón.

El humo era tan denso que apenas le permitía ver a dos pasos de distancia, y se introducía en sus pulmones como una cuchillada.

Tambaleándose, se dirigió a la salida. Oyó gritar a Bahadur y pensó que les gritaba a los caballos, cuyos cascos se oían chapotear en la nieve cada vez más lejos.

A trompicones, se alejó del portalón por el que ya rugían las llamas.

Se detuvo, volviéndose, tan impresionado como furioso. Vio hundirse toda la techumbre y un volcán de chispas se elevó por entre la niebla y la humareda.

—¡Bahadur! —gritó.

No obtuvo respuesta. Maldijo en voz alta y volviéndose de espaldas al fuego volvió hacia la casa.

Repentinamente sus pies se enredaron en una masa más sólida que la nieve.

Bahadur ya jamás volvería a obedecer sus órdenes. Porque sólo podía pertenecer a su sirviente aquel amasijo renegrecido, monstruoso, que yacía despidiendo vapor y derritiendo la nieve alrededor.

Apenas podía creerlo y una ira salvaje le invadió.

Miró en torno, girando el revólver al mismo tiempo, impaciente por tomarse la justicia por su mano, fuera quien fuera el asesino de sus sirvientes.

Y entonces lo vio, apenas una silueta oscura entre la niebla y el humo.

Alguien de enorme estatura, aunque difuminado en la oscuridad.

Instantáneamente, el valor que tantas veces demostrara en sus campañas en la India volvió a aflorar a la superficie.

—¡Venga aquí! —rugió—. ¡Estoy apuntándole con un revólver!

La oscura silueta se puso en marcha hacia él.

Cuando lo tuvo cerca gritó:

—¡Alto ahí, deténgase y levante las manos!

Sólo que quien fuera no se detuvo.

Siguió caminando calmosamente, casi como si flotara en el aire.

El mayor apretó los dientes y tiró del gatillo.

El potente revólver tronó en el silencio una y otra vez.

El extraño ni siquiera titubeó. John Caldwell no podía creerlo. Era imposible que hubiera fallado los tiros, que hubiera perdido su extraordinaria puntería.

Volvió a disparar una vez más y el arma retumbó en el silencio. La poderosa silueta siguió caminando hacia él, surgiendo poco a poco de la barrera de niebla y humo.

Entonces, el mayor boqueó como un pez fuera del agua, porque era una visión de pesadilla la que surgía ante él.

Algo arrancado del delirio de un loto o sacado de las profundidades más sórdidas de los terrores del ser humano.

Tenía semejanza con un ser humano, en cuanto a la estructura, aunque de una estatura y fortaleza fuera de lo común, pero su cuerpo parecía desnudo, cubierto por una gruesa piel oscura y peluda. Sus grandes pies descalzos semejaban los de un gran simio.

Pero donde residía el horror era en la cabezota erguida del monstruo.

Porque era la cabeza de una serpiente.

Una serpiente ciega de vacías pupilas rodeadas de piel escamosa.

El mayor retrocedió a trompicones, incrédulo aún, pero dominado por el horror.

—¡Deténgase! —rugió con voz ahogada.

Vio moverse la boca del reptil de aquella cabezota espeluznante, aunque ningún sonido brotó de ella.

Luego, el monstruo tendió las manos hacia él, cada vez más cerca… más cerca. Apretó el gatillo de modo instintivo y la última bala del barrilete partió en medio del estruendo. No podía fallar a tan corta distancia.

Sin embargo, el ser de pesadilla ni siquiera se estremeció por el impacto. Continuó paso a paso hacia él.

El terror invadió todos los sentidos de John Caldwell. Un terror que paralizó sus miembros, culebreó por todo su cuerpo y pareció estallar en el cerebro como un chispazo.

Y entonces las manos escamosas del monstruo le atraparon por los hombros cual si quisieran sostenerle.

Todo el fuego del infierno estalló inopinadamente dentro de él. Lanzó, un grito y luego otro y después su boca pareció llenarse de llamas y ya no pudo gritar, y las llamaradas le envolvieron, invisibles, lacerantes, abrasándole desde los mismos huesos.

Se derrumbó, humeante, espantoso despojo de lo que fuera un hombre.

El monstruo esperó unos instantes. Luego echó a andar hacia la casa. El perro comenzó a aullar furiosamente.

Poco después un lastimero aullido sirvió de prólogo a los alaridos de *lady* Caldwell, y cuando la voz de la mujer se extinguió el perro había callado y todo fue silencio.

El silencio del espanto y de la muerte, arropado por la densa niebla. Si el mayor hubiese vivido, seguramente habría comentado que aquello era como si alguien hubiera abierto las puertas del infierno.

CAPÍTULO VII

George Caldwell miró desolado las ruinas de lo que fuera el establo.

Ya había contemplado los cadáveres desperdigados de los que formaran su familia, y de los sirvientes. Incluso el cuerpo del enorme perrazo estaba junto a los restos calcinados de su ama, convertido en un oscuro amasijo igual que los humanos.

Bajo su nueva apariencia de un hombre fuerte y joven el coronel podía mirar ahora ese desastre con una nueva perspectiva que no le afectaba tan profundamente como lo habría hecho de producirse antes de su metamorfosis.

Sentía cierto dolor por la muerte de sus seres queridos.

Pero no demasiado.

Debía preocuparse de sus propios asuntos, de su nueva vida lleno de energía y virilidad. Y para eso había regresado, para recuperar el resto del tesoro con el que enriquecerse de una vez por todas.

En cuanto a su identidad… A su nueva identidad de hombre joven, ya pensaría algo.

Con el maletín en la mano, pensativo, volvió al coche que le había traído desde Londres.

El cochero señaló las ruinas calcinadas del establo.

—¿Un incendio, señor? —preguntó—. Parece reciente.

—Sí, sucedió hace muy poco. Volvamos a Londres. Y no se demore en el camino.

Así que emprendieron el regreso bajo un cielo oscurecido por las grises y bajas nubes que auguraban tormenta.

Tardó bastante tiempo en convertir aquel sinfín de joyas en dinero contante y sonante. No quería alarmar o despertar las suspicacias de los comerciantes de joyería.

De este modo, unos tres meses después del trágico fin de su

familia, era poseedor de una respetable fortuna y aún le quedaban no pocas alhajas por vender.

Entonces comenzó a preocuparse de su identidad.

Y también ese contratiempo producido por su renacida juventud lo solucionó con entera satisfacción. Puesto que había vivido tantos años en la India como oficial de lanceros, no le fue difícil presentarse «públicamente» en Londres como hijo del coronel George Caldwell. Un hijo nacido de alguna oscura aventura amorosa del fogoso coronel.

De manera que como «hijo de sí mismo» tuvo entrada en la sociedad, asentó un principio de fama turbulenta y se dispuso a vivir con rotunda intensidad la extraña vida que le había sido regalada por aquel amuleto en forma de ojo diabólico que colgaba sobre su pecho y del que estaba decidido a no separarse jamás…

* * *

Era una muchacha rubia, soberbiamente hermosa y apasionada.

Su gracioso y firme cuerpo se estremecía entre los brazos del hombre que había logrado conquistarla y en sus labios ardía la llama de un beso sin fin.

Cuando apartó la cara arrebolada de la de él, susurró:

—George, querido… creo que no sabía lo que era vivir hasta que te conocí.

—Me enorgullece haber provocado en ti esa experiencia.

—Sólo temo que tu amor cambie… No podría soportarlo.

—Te amaré siempre, Leonor.

—¿Lo dices sinceramente, con el corazón?

—Sinceramente.

No era cierto, claro. Antes que a Leonor, les había jurado el mismo amor eterno a incontables mujeres, las más hermosas del mundo y en los lugares más lujosos y excitantes.

—¿A pesar de tu mala fama? —Runruneó la muchacha.

—Habladurías.

Bajo la balaustrada del lujoso palacio erigido sobre un roquedal de la Costa Azul, el mar susurraba su canción eterna hecha de rumores y espumas.

—Se cuentan tantas historias atroces de ti, querido… —insistió la bella Leonor.

—No todas son ciertas.

—¿No todas? ¡George! Eso quiere decir que muchas de ellas por lo menos sí lo son.

Él rió, divertido.

—Algunas, lo confieso. Pero es que hasta ahora nunca había conocido a una mujer como tú.

—¿No estarás mintiéndome?

Él comenzó a pensar que la muchacha estaba poniéndose muy pesada. Dos días amándola y ya se creía con derechos adquiridos…

Para evitar tener que darle una respuesta concreta, volvió a apresar los labios con los suyos.

Leonor sentía como si una llama diabólica se apoderara de sus sentidos cada vez que él la besaba. Era una sensación torturante, pero tan excitable al mismo tiempo, que por nada del mundo deseaba dejar de experimentarla.

Esta vez fue él quien rompió la interminable caricia y murmuró:

—Entremos… Está anocheciendo.

Ella se resistía a abandonar el refugio de su amplio pecho de hombre joven y fuerte.

—Se está bien aquí, en tus brazos…

Él suspiró, impaciente.

Distraídamente, tendió la mirada hacia el mar azul que reflejaba el fulgor rojo del sol poniente. Unas estructuras grises y sólidas se deslizaban a lo lejos casi en la finca del horizonte.

Buques de guerra, sin duda.

Arrugó el ceño. De un tiempo a esta parte los vientos bélicos azotaban Europa. Se hablaba de una guerra, de inmensos arsenales almacenados por los posibles contendientes…

—Entremos —dijo bruscamente.

La levantó en brazos y besándola y acariciándola penetró en la soberbia residencia.

Para entonces ya estaba decidido a cortar esta nueva aventura cuanto antes. Como casi todas las mujeres, Leonor desconocía el sentido de la medida, pensó cerrando la puerta a sus espaldas.

* * *

Era pelirroja. Uno cabellera como una llama desbordándose por toda la almohada, bañada por la luz del sol que penetraba por el

inmenso ventanal abierto al aire azul del Mediterráneo.

—¿George? —Runruneó.

La voz del hombre le llegó desde la terraza.

—¿Qué pasa, querida?

—Ven aquí… Te necesito.

—Levántate, perezosa. Es más de mediodía.

—¿Y qué importa el tiempo si nos amamos?

Bajo el sol, George Caldwell la oía distraídamente. Su mirada aguda seguía el paso de un gigantesco acorazado escoltado por una nube de pequeños navíos de guerra. Le parecía que los monstruos de acero ensombrecían la luz del mar en esa mañana de 1914.

Oyó moverse a la joven en el dormitorio y unos instantes después ella estaba a su lado, rodeándole el cuello con sus brazos desnudos.

Se había cubierto con una vaporosa prenda de seda, una nube azulada a través de cuyos encajes chispeaba la luz rosada de su cuerpo.

—Te quiero, George —musitó, besuqueándole—. Y tú no me haces ningún caso.

—Anoche opinabas de distinta forma.

—Quiero seguir opinando igual de día y de noche. Tú no me amas, George.

Él suspiró resignadamente.

—¡Claro que te amo! —exclamó—. De lo contrario, no estaríamos aquí.

Quizá para dar mayor veracidad a sus afirmaciones, la besó apasionadamente en la boca.

Moira se sintió desfallecer. Esa sensación de llamarada, de fuego vital extendiéndose por sus venas… ese vértigo inmenso donde el placer tenía mucho de tormento, de ansias y de deseo… Eran las sensaciones que ansiaba vivir de continuo, una experiencia enloquecedora.

Después, él gruñó:

—Ahora vístete mientras pido el desayuno. Lo tomaremos aquí, en la terraza.

—Está bien, ogro.

Al quedar solo volvió a mirar al mar.

Los buques de guerra se alejaban. Eran una firme advertencia

contra las bélicas ansias de algunas potencias que hacían temblar a Europa y él lo sabía.

Pero no le gustaba en absoluto. Detestaba la violencia. Era tan bella la vida contemplada desde la perspectiva de su eterna juventud que cualquier fenómeno que pudiera amenazar con alterarla le sacaba de quicio.

Reaccionando, llamó al servicio para ordenar el desayuno de todas las mañanas.

Moira surgió después como una aparición, vestida apropiadamente para esa mañana radiante en la que los dos tenían cuanto ambicionaban.

Durante el desayuno la muchacha habló de su vida en París, de sus experiencias familiares, del impacto que sufriera al conocerle a él…

Era un parloteo distraído e intrascendente que a él no le impedía pensar.

Hasta que la muchacha dijo:

—Ahora cuéntame algo de ti, George, querido. A excepción de todas esas historias terribles que cuentan de ti, lo ignoro todo del hombre que amo.

—Este… no hay mucho que contar.

—No puedo creerte. Por lo menos una parte de lo que se murmura debe ser cierto. Todas esas aventuras con mujeres, en todo el mundo. Tus frecuentes desapariciones…

—Mira, no hay nada misterioso en mí. Amo a las mujeres como ellas me aman a mí. Y en cuanto a mí familia, tampoco hay materia para la curiosidad de las gentes. Mi padre… Mejor dicho, mi abuelo fue coronel de Lanceros, en la India. Amasó una fortuna y regresó a Inglaterra. Desde entonces, sus descendientes no tenemos problemas económicos y podemos dedicamos a viajar y a vivir sin demasiadas preocupaciones. ¿Satisface eso tu curiosidad?

—Ni mucho menos.

—¿Qué quieres saber?

—El origen de esa leyenda que te envuelve… la leyenda de tu juventud.

Él disimuló un sobresalto, pero su voz delató su disgusto cuando dijo:

—Ésa es la estupidez más grande que nadie haya inventado

jamás. Simplemente, me confundieron con mi padre, ¿comprendes? Después de un viaje, él no regresó y yo sí. Tengo entendido que algo semejante le sucedió a mí padre en relación con el abuelo… También le confundieron con él. Eso es todo.

—Entiendo… Bésame, George. Cuando me besas creo que podría volverme loca.

—Espera a que los sirvientes terminen de retirar el servicio por lo menos.

La pelirroja se resignó a esperar unos minutos.

Como todas, comenzaba a disgustarle. Gozaba con ellas, y conocía todos los resortes para arrancarle a la vida amorosa hasta la última gota de su jugo. Sólo que después de cada nueva experiencia quedaba vacío y desengañado y era preciso empezar otra vez, fuera pelirroja, rubia o morena.

Siempre empezaba otra vez… y eso a través de años y años.

A veces se preguntaba en qué consistía el amor verdadero por una mujer. Claro que estaba seguro de que no existía. Si existiera él lo hubiera encontrado ya a través del tiempo y del sin fin de mujeres conocidas en la intimidad.

Había visto pasar una generación a su alrededor. Mujeres a las que había amado fugazmente habían envejecido y muerto, mientras él conservaba su juventud y su vigor. Era una sensación amarga la ruina de unos cuerpos firmes y cálidos que estuvieron en sus brazos… Quizá por esa razón cambiaba de residencia y de país con frecuencia, para no ver el eclipse de las mujeres.

A veces pensaba si no cambiaría tanto para huir de sí mismo, del poder diabólico que le mantenía joven y fuerte. Aunque en su mente había conseguido levantar una barrera al respecto que muy raras veces atravesaba. Una suerte de auto-protección con la que evitaba pensar en cosas siniestras o desagradables.

La pelirroja le echó los brazos al cuello y dejó de profundizar en sus pensamientos para besarla con el diabólico fuego pasional que ellas no podían resistir.

Al anochecer, había decidido apartarla de su camino como a todas las demás.

Habría que empezar de nuevo, gustar las mieles del amor superficialmente, o quizá cambiar de residencia.

Definitivamente, la pelirroja se apartó de su vida con la

acostumbrada facilidad habitual.

Dos días después conoció a Nora y se produjo el atentado de Sarajevo desencadenando la primera guerra europea.

CAPÍTULO VIII

Nora parecía haber sido puesta en el inundo para ser amada.

De una belleza serena, suave y dulce, se apartaba de modo natural de todas las que hasta entonces habían pasado por su vida tumultuosa.

Muy joven, apenas veinte años, produjo en el eterno joven Caldwell un impacto como ninguna otra causara jamás en sus sentimientos.

Experimentado por toda la larga vida de práctica amorosa, no le fue difícil entablar relación con la muchacha, aunque desde el principio tropezó con la sorpresa de una resistencia apenas perceptible, pero tan firme como un muro de ladrillo puesto entre sus apetencias y la virtud de la bellísima mujer que había logrado lo que ninguna otra; hacer que su corazón entrara también en el juego del amor.

Ni siquiera la atroz contienda que ensangrentaba a Europa turbaba su vida. Todo su tiempo, todas sus inmortales energías, todo el amor que una mujer es capaz de despertar, se dirigían en una sola dirección.

Nora.

Sólo cuando lograba besarla con el fuego que ningún otro hombre en el mundo era capaz de producir, ella vacilaba, entregándose al beso con esplendorosa sinceridad.

Pero nada más.

—No crees en mi amor, ¿no es cierto? —se quejaba George Caldwell.

—¿He de responderte sinceramente?

—Por supuesto.

—Pues, no, no creo en ti, George. Y tú eres el principal culpable de mi incredulidad.

—No veo por qué.

—Por tu pasado. Por todas esas aventuras que se te atribuyen. Por esos misterios que te rodean y que tienen estrecha relación también con tantas mujeres… Tú no has amado en tu vida. Sólo has gozado del amor de las mujeres, pero nunca les has dado nada a cambio. Sólo dolor y desengaño.

—Eres cruel conmigo.

Ella se limitaba a reír y él volvía a besarla y Nora se estremecía y sentía el tormento y el placer del deseo, pero su fuerte personalidad, su férrea voluntad, acudían en su ayuda para retirarse a tiempo del riesgo.

Y así un día, y otro, y otro más…

George Caldwell ya sabía qué era el amor.

Conocía al fin la experiencia de la angustiosa espera, de la impaciencia, del deseo incontenible; sufría cuando Nora estaba lejos de él, y sufría cuando teniéndola entre los brazos sabía que no sería suya porque algo se interponía entre ambos.

Algo increíble hasta entonces porque jamás le había fallado: el fuego abrasador de sus besos y sus caricias que a tantas mujeres habían seducido.

Y al fin, una tarde sombría y brumosa de Londres, claudicó:

—Quiero casarme contigo, Nora —dijo con una voz desconocida incluso para él. Una voz temblorosa, suplicante.

Ella le miró a los ojos.

—¿Estás diciéndome de veras que deseas casarte? —balbució.

—¿No me has oído?

—Es tan asombroso… Tu fama es terrible. Nunca te casaste. ¿Por qué has cambiado, George?

—Por ti. ¿Es tan difícil de comprender? No vivo si no estás cerca de mí. Sueño contigo, de día y de noche…

Te amo, Nora. Y juro que no había dicho jamás una verdad tan grande.

—No te has declarado de una manera muy romántica que digamos.

—¿Estás burlándote de mí?

—¡Dios me libre! Claro que no, querido… Pero me siento emocionada incluso a pesar mío…

—Entonces, me quieres…

—Eso deberías saberlo desde hace mucho tiempo.

¡Nora!

La sintió estremecerse entre sus brazos. Olvidó todo lo que no fuera ese amor inmenso que experimentaba por la muchacha.

Olvidó que ella envejecería con el tiempo, mientras él seguiría diabólicamente joven. Que mientras él conservaría el vigor, la virilidad, la piel tersa y sus músculos firmes, las arrugas arruinarían aquella serena belleza, el cuerpo perdería su turbadora y vital pujanza; no quiso pensar que un día ella no le desearía porque los años matarían sus ansias de placer…

La besó y pensó que en toda aquella eternidad que llevaba jamás había experimentado tamaña emoción, tan turbador sentimiento como se adentraba en su corazón de hombre enamorado.

Al fin amaba a una mujer.

Era su primer error desde que adquiriera la eterna juventud por medio del colgante trágico que pendía de su cuello.

Estaba besándola ardorosamente, cuando una tremenda explosión estremeció toda la casa.

Separándose bruscamente. George Caldwell gruñó:

—Había olvidado incluso que estábamos en guerra. ¡Malditos alemanes…!

Pero estaban en guerra.

Una guerra como jamás se había conocido hasta entonces.

Una guerra atroz que segaba centenares de miles de vidas, arrasaba ciudades en Europa y empezaba a descargar los primeros zarpazos sobre Inglaterra.

—Nos casaremos enseguida —dijo él en un murmullo mientras las explosiones se sucedían por toda la ciudad.

—George… soy muy feliz. Lo sabes, ¿verdad?

—No creo que lo seas tanto como yo, amor mío.

Ella se sobresaltó de pronto.

—¿Y si te llaman para ir al frente? —exclamó.

—No creo que necesiten a un tipo inútil como yo —rió George —. Aunque si mis antepasados me oyeran hablar así pondrían el grito en el cielo.

Se casaron una semana después.

Fue una ceremonia íntima que no despertó la expectación temida gracias a los trágicos acontecimientos bélicos que

ensombrecían la humanidad. De otro modo, la noticia de la boda del amante internacional rodeado de tumultuosas leyendas hubiera levantado oleadas de interés y curiosidad.

George miraba a su esposa incrédulo ante tanta belleza. El vaporoso vestido blanco realzaba la angelical transparencia de su piel, de sus ojos profundos y brillantes.

La levantó en brazos para entrar en su gran residencia de Regent's Park. No la soltó al subir la escalinata, y cuando entraron en el dormitorio cerrando la puerta a sus espaldas, la besó, aún sosteniéndola en vilo.

Se miraron largamente, solos, rodeados de amor, de silencio.

Ella susurró:

—Es como un sueño…

Sonrió y apartándose de él se despojó del velo y el corpiño cuajado de encajes.

George sentía un extraño nudo en la garganta.

Nunca pudo imaginar que ese momento delicioso tuviera tanto de rito, de emocionada impaciencia. Todo lo vivido hasta entonces no había sido más que pálidas experiencias.

Cuando al fin la abrazó, besándola locamente, su inmenso amor desbordándose, fue como si hasta el mundo cambiara de forma y de color.

—Te quiero —susurró—. Siempre te amaré, cariño mío… siempre.

Ella suspiró. Era tan feliz que apenas podía creerlo.

Y de repente, aquello sucedió.

Estaba entre sus brazos, como otras veces, sólo que todo era diferente porque ahora no había barrera alguna para su amor. Y lanzó un quejido tratando de desprenderse.

Él creyó que era el pudor quizá lo que la hacía resistirse y trató de murmurar palabras de amor mientras la besaba.

Un alarido increíble surgió de la garganta de la muchacha. Luego, como una pesadilla, George apartó los labios de aquella boca y horrorizado vio que había estado besando una carátula abrasada, humeante. La carátula de un cuerpo contorsionado por espantosas convulsiones, renegrido de un modo atroz, una nauseabunda masa informe de la que se desprendía un hedor repelente que le echó

atrás igual que un mazazo.

Horrorizado, se apartó tambaleándose, la mirada desorbitada, ahogándose de angustia, sacudido por las náuseas mientras aquella cosa que se convulsionaba sobre el chamuscado lecho nupcial, quedaba quieta, envuelta en humo y hedor, monstruosamente repugnante.

Sollozando histéricamente, George se miró las manos. No había nada anormal en ellas. Eran sus mismas manos de siempre. Él era el mismo de siempre.

—¿Por qué, por qué? —sollozó, volviéndose de espaldas a los monstruosos restos de la mujer que había amado por encima de todo en este mundo.

Y de pronto, las palabras del viejo profesor Arden zumbaron en su mente persistentes… las palabras que hablaban de la maldición de Naja… que anunciaban la destrucción de las personas que amaran los profanadores de los ídolos, de los templos de Kabir-Naja…

Tambaleándose, descendió las escaleras a trompicones y se lanzó a la calle sin apenas contener sus gritos.

Londres estaba sumida en oscuridad. Las calles desiertas y sombrías, invadidas por la niebla, le ofrecieron un momentáneo refugio.

Oyó las sirenas. Oyó los latidos de su incansable corazón y experimentó el terror de sí mismo por primera vez.

Luego oyó los suaves pasos a sus espaldas. Unos pasos lentos, quedos, siempre iguales.

Se volvió rechinando los dientes. Primero surgió una sombra informe protegida por la niebla. Parecía sostenerse aparentemente en el aire sin apenas rozar el suelo…

—¿Quién…?

Su voz se extinguió.

La aparición se mostró al fin.

Horrible, espeluznante en su monstruosa apariencia.

George dio un grito demencial, porque el monstruo estaba allí, mirándole con sus ojos ciegos en una cabeza de serpiente… tal como viera el ídolo en el lejano templo, casi, cien años atrás.

Manoteando en el aire, dando alaridos, echó a correr.

Hubo una explosión en alguna parte y el cielo se llenó de rojos

resplandores.

Siguió corriendo, aullando, desgañitándose bajo la niebla, al tiempo que otras explosiones estremecían la gran ciudad.

Luego, a sus espaldas, un tremendo estallido llenó de fuego la noche y de cascotes la calle, mientras la onda expansiva le levantaba del suelo para arrojarle contra una pared donde rebotó y rodó por el destruido pavimento.

Vio hundirse un edificio y ni siquiera experimentó miedo ni emoción alguna, porque toda su capacidad de terror se había centrado en la aparición del monstruo, en la recién adquirida, certeza del diabólico poder que le poseía y que anidaba dentro de él a la espera de destruir todo lo que amara…

Frenético, desgarró su camisa. Estaba sentado en la acera con la espalda apoyada en una pared. El cielo se veía rojo por el resplandor de los incendios.

Salvajemente, atrapó el ojo del colgante, dio un tirón y arrancándolo de su cuello lo arrojó lejos de sí. Aún alcanzó a verlo brillar un instante a la luz de las llamas.

Miró sus manos y las vio arrugarse rápidamente. Se tocó el rostro y sus dedos torpes, casi insensibles, advirtieron la apergaminada piel de un anciano…

Su cuerpo se volvió insensible. Ya no veía nada. Ni sus manos ni el rojo resplandor de los incendios.

Su piel se descompuso en segundos convirtiéndose en polvo, y el cabello se desprendió del pelado cráneo, y las cuencas negras de una calavera aparecieron allí donde debiera haber habido los ojos…

Instantes después, los huesos del esqueleto cayeron unos sobre oíros sobre la acera.

Se oyó un acudo zumbido. Una voz metálica procedente de los cielos.

Luego, la bomba cayó, hundiendo hogares, segando vidas, provocando incendios… y desperdigando hasta el infinito los restos de un hombre que ya no lo era, los huesos de un ser que había querido atravesar las barreras del poder y del destino.

CAPÍTULO IX

Bill Sherman dio unas pinceladas y retrocedió, examinando el cuadro con ojo crítico.

Tras él, su viejo amigo Carl Comstock comentó:

—Eres un genio, Bill; ese cuadro es una auténtica obra de arte.

—Tonterías. Y tú lo sabes. No paso de ser un buen artesano… Empecé demasiado tarde.

El cuadro representaba una bellísima mujer desnuda, tendida descuidadamente sobre una superficie de terciopelo azul. La técnica impresionista utilizada por el pintor había conferido a la pintura un torbellino de color asombroso.

La voz suave de la modelo murmuró:

—Me gustaría poder sentirme satisfecha como usted, Carl, pero no me veo bien con todos esos colores.

Los dos hombres la miraron. Era una muchacha de una belleza realmente poco común, y su larga cabellera negra realzaba la luz de su rostro, desplomándose sobre sus hombros marfileños.

El pintor sonrió.

—Puedes vestirte, pequeña. Ya no habrás de posar más para este cuadro.

Ella se levantó. Sus movimientos ágiles, juveniles, tenían algo de felino. Una armonía lacia que parecía desprenderse de cada partícula de piel desnuda y tersa.

Cuando hubo desaparecido en el pequeño cuchitril que servía de vestidor, Carl Comstock suspiró:

—¿No es maravillosa, Bill?

—No desvaríes, podría ser tu hija.

—Y tu nieta, si vamos a eso. Pero la admiro como belleza, como expresión de la suprema armonía de la naturaleza animal, si sabes lo que quiero decir. No me impresiona como mujer deseable…

aunque si he de ser sincero, la deseo. ¿Y quién no, maldita sea?

El pintor se echó a reír. A Carl se le antojaba que cuando su amigo reía, en lugar de expresar alegría únicamente mostraba una faceta amarga y oscura de su carácter.

O quizá de su pasado.

—¿Incluirás esa pintura en tu próxima exposición? —preguntó.

—Será la estrella —dijo Bill Sherman con un suspiro—. Por primera vez desde que empecé me siento casi satisfecho ˆe una obra mía.

—Debes tener algo que no funciona en tu sesera, viejo. Cualquiera estaría plenamente satisfecho con un cuadro como éste.

Bill no replicó. Dejó la paleta y los pinceles y con un gesto cansado fue a sentarse en el desvencijado diván, junto a su amigo.

—En cierto modo —murmuró—, es como un sueño. ¿Sabes? Pintar fue siempre mi razón de vivir, y nunca pude hacerlo. Veía obras de arte salidas de mis manos cada noche, en sueños. Pero al despertar todo se esfumaba. Hasta que me decidí… cuando ya había cumplido cuarenta y cinco años.

—Conozco la historia…

—Han pasado doce años desde entonces…

—¿Y qué importa? Has triunfado al fin y eso es algo que nadie te puede discutir.

La joven modelo apareció abrochándose una ligera blusa que moldeaba provocativamente la pujanza de sus senos.

—¿Me llamará si decide pintar otra mujer desnuda, Bill? —preguntó, sonriendo.

—Por mi gusto estaría pintándote eternamente. Pero temo que saturaríamos el mercado de tanta belleza que se desvalorizaría la pintura. Pero te llamaré si vuelvo a necesitarte, puedes estar segura. Y te recomendaré a otros pintores si no te importa posar para ellos.

Ella esbozó un gesto de disgusto.

—Preferiría posar sólo para usted. He probado con otros y… Bueno, no me siento a gusto. Cuando estoy desnuda por lo general piensan en otras cosas muy distintas de la pintura.

—Comprendo.

Carl se echó a reír y dijo:

—No puedes reprochárselo, pequeña. Eres insultantemente hermosa. Hasta yo he dejado volar la imaginación viéndote tendida

aquí, y ya dejé atrás mis años mozos hace mucho tiempo.

—Usted es un libidinoso, Carl —rió la muchacha, amenazándole con la mano—. Pienso que debiera haberle cobrado las sesiones a usted en lugar de a Bill.

Riéndose se fue hacia la puerta del estudio y desapareció.

Carl sacudió la cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Por qué nos volveremos viejos, Bill?

—No desvaríes y dame un cigarrillo. Terminé los míos.

Saboreando el humo del tabaco, el pintor se apartó para detenerse frente al enorme lucernario que ocupaba una buena parte de una pared y del tejado.

Londres se extendía en todo lo que alcanzaba la vista. Nuevos y flamantes edificios de acero y cristal habían sucedido a los destruidos durante la guerra, pero en su mayor parte la ciudad seguía conservando su eterno encanto.

Cari, recostado en el diván, comentó:

—Algún día, viejo, te haré una pregunta que me intriga.

—Prefiero que te calles.

—¿Sabes qué quiero preguntarte acaso?

—Puedo imaginarlo. Y no deseo hablar de eso.

Se volvió. Su cara surcada de arrugas tenía sin embargo un fondo de serenidad, de nobleza, que sólo desmentía a veces el fulgor de sus ojos grises. Carl añadió:

—Te conocí cuando empezabas a pintar, lo que equivale a decir que nuestra amistad data de doce años atrás. Pero lo ignoro todo respecto a tu etapa anterior…

—De eso precisamente es de lo que no deseo hablar, Carl. Por favor, cambia de tema.

—Como quieras. Seguiré intrigado hasta el fin de mis días. O hasta que un día estés borracho y sueltes la lengua.

—A propósito, prepara un par de tragos. Celebraremos la culminación de mi obra.

Carl obedeció y ambos bebieron en silencio.

El pintor no parecía descoso de hablar. Conocedor del sombrío carácter de su amigo, Carl solía respetar sus prolongados silencios, no obstante en esta ocasión consideraba que la terminación de aquella obra de arte merecía un poco más de entusiasmo por parte

de su autor.

—Bueno —dijo—, quizá sea cierto que necesites emborracharte aunque sólo sea por una vez.

—No he vuelto a perder el control a causa de la bebida desde hace doce años.

—¿Por qué?

Bill ladeó la cabeza y clavó sus ojos en el amigo. Carl sintió un leve escalofrío ante el diabólico fulgor de aquella mirada.

—Deje de beber porque temía que si perdía el dominio de mis actos cometería un asesinato.

Carl dio un respingo.

—¿Tú? —murmuró—. No puedo creerlo.

—Ni yo quiero hablar de este asunto, así que ya sabes más de lo que pensaba decir nunca.

—Pero eso, sea lo que fuere, ocurrió hace más de doce años, Bill. Tiempo más que suficiente para haber olvidado, o cuando menos, para ver las cosas con perspectiva nueva.

—Hay cosas que jamás pueden cambiar en el corazón de un hombre.

Se levantó y dio unos paseos nerviosos por el gran estudio.

De pronto gruñó:

—Salgamos de aquí, Carl. Quiero respirar aire fresco. Hay ocasiones en que estas paredes me oprimen como un cepo.

—No es para menos. Vivir en un caserón como éste, completamente solo, también es un capricho. Resulta hasta tétrico por las noches.

—Lo curioso es que a veces pienso que no estoy solo.

Carl se quedó boquiabierto.

—¿Cómo diablos puedes decir eso? Nadie vive en los dos pisos que hay bajo este estudio. Todo está ruinoso y destartalado. Si no estamos aquí alguno de tus amigos te quedas más solo que la una.

El pintor sacudió la cabeza.

—Eso ya lo sé, pero yo me refiero a una simple sensación. La sensación de que hay alguien siguiéndome por toda la casa, acechándome, espiándome, vigilándome, noche y día.

—Bill, no bromees con estas cosas. Tú estás cuerdo, me consta.

—Eso supongo.

—Entonces no puedes creer en fantasmas.

—No se trata de fantasmas.

—Sí, ya lo dijiste antes: es una «sensación». Pero si de eso a los fantasmas hay sólo un paso. Esta casa está desquiciando tus nervios.

—La casa no tiene nada que ver. Me proporciona toda la independencia que preciso, el silencio absoluto para poder trabajar en paz. No podría soportar la presencia de vecinos chismosos a mí alrededor.

Carl sacudió la cabeza.

—Vámonos a la calle, viejo. Necesitas más que nunca pillar una buena borrachera.

Salieron del estudio y descendieron los chirriantes escalones de madera. Las paredes estaban agrietadas y llenas de desconchaduras. En algunos lugares, trozos de mampostería habían desaparecido, heridas, sin cicatrizar debidas a la pasada guerra.

Un tramo de escalera se bamboleaba peligrosamente.

Carl gruñó:

—El día menos pensado te romperás el cuello en estos escalones. No comprendo cómo el propietario no manda arreglar la casa y le saca provecho…

—No quiere gastar dinero, y por otra parte no necesita lo que pudiera sacar del alquiler de dos pisos. Tiene saneadas rentas y desde la guerra, cuando una bomba casi derribó el edificio, no ha gastado un penique aquí. Las reformas del estudio para hacerlo habitable tuve que pagarlas de mi bolsillo. Hay montañas de cascotes aún en los sótanos, y este piso —añadió señalando la puerta del primero—, tiene dos tabiques derrumbados. ¿Para qué diablos va a gastar dinero si dentro de un tiempo le pagarán una fortuna por todo esto? Derribarán este ruinoso monumento para construir uno de los modernos bloques de apartamentos y él habrá hecho su agosto sin invertir ni una libra.

—Claro, en eso está en su derecho.

—Algún día bajarás al sótano, sólo para que veas por qué clase de milagro se sostienen en pie las paredes.

La calle, llena de gente en el crepúsculo de ese día de verano, barrió sus preocupaciones y los dos viejos amigos se encaminaron a la taberna de la esquina donde bebieron cerveza y charlaron agradablemente hasta que hubo cerrado la noche.

Al abandonar la taberna, Carl comentó:

—Deberíamos irnos a cenar a alguna parte, Bill.

—No tengo apetito. Estoy cansado esta noche.

—Me da grima que te encierres tanto tiempo en ese caserón, tú solo.

—Te preocupas demasiado. De cualquier modo, no temas por mí. Si hay un fantasma vagando por la casa, después de tanto tiempo debe haberse habituado a mí presencia, aceptándome como un buen y pacífico huésped.

—Viejo, si no cambias de domicilio, acabarás encaramándote por las paredes. Los manicomios están repletos de gentes que empezaron viendo fantasmas.

Bill Sherman se echó a reír.

—Por lo menos me tranquilizas —comentó—. Yo aún no lo he visto. Eso me concede un margen de tiempo.

—¡Vete al infierno!

Carl se marchó refunfuñando, al tiempo que el pintor emprendía el regreso a su estudio caminando sin prisa por la ahora desierta acera.

Al entrar en la casa se detuvo, rígido. De nuevo tuvo la sensación de que unos ojos invisibles le acechaban en la oscuridad, de que había alguien allí vigilándole en todo momento.

Subió las escaleras oyendo el seco crujido de los peldaños bajo sus pies.

En el estudio se quedó parado delante del cuadro, sumergiéndose en la contemplación de la asombrosa belleza de aquella mujer surgida de sus pinceles, de su inspiración y de su arte.

Y de repente, la pintura pareció sufrir una metamorfosis… La bella muchacha desnuda cambiaba de cara. Su bello rostro era sustituido por otro también bellísimo, aunque más maduro, más experimentado. Sus cabellos eran ahora rubios, y los ojos astutos y azules tenían la profundidad de los océanos. Y sonreía de un modo inquietante, mientras todo su cuerpo de redondeces turbadoras adquiría mayor contextura, mayor solidez, como si fuera el de una mujer mayor, más madura.

—Venice… —jadeó el pintor.

Instintivamente, sus puños se cerraron con extraordinaria ferocidad.

Se volvió de espaldas al cuadro rechinando los dientes. Luego,

calmándose, volvió a mirar su pintura y allí estaba de nuevo la grácil modelo con toda su esplendorosa juventud.

Sacudió la cabeza ante el recuerdo que había ensombrecido su mente durante unos instantes.

Suspiró, angustiado por el hecho de que ni siquiera el paso del tiempo hubiera podido borrar la amarga pesadilla de unos años idos.

Tendiéndose en el diván encendió un cigarrillo. Su imaginación retrocedió a través del tiempo, recreándose en el dolor.

Supo sin lugar a dudas que jamás podría librarse del pasado. Ni los éxitos, ni la íntima satisfacción del triunfo artístico, nada podría sustituir a lo que fuera su vida, todo su mundo, hasta que se resquebrajó haciéndose añicos.

De todo ello, lo único que le quedaba todavía era el recuerdo, los sueños que nunca morirían…

CAPÍTULO X

Carl empujó la puerta y se coló en el estudio. Se quedó estupefacto al ver a su amigo tendido en el diván, en medio del desorden de las ropas, jadeando pesadamente. Junto a él, en el suelo, había dos botellas vacías.

Se aproximó al pintor y se quedó allí, mirándole con incredulidad.

—De modo —refunfuñó— que la pillaste.

Bill Sherman se agitó en medio de los vapores del alcohol.

Carl le sacudió por el hombro.

—¡Despierta! —Gruñó—. Es mala cosa emborracharse solo, ya deberías saberlo.

El pintor abrió los ojos y parpadeó. Le costó lo suyo enfocar la imagen.

—Carl. —Musitó.

—La pillaste buena, ¿eh?

—Perdí el control.

—Ya lo veo.

—Ella tuvo la culpa.

Trató de incorporarse y al fin quedó recostado contra el respaldo del diván.

—¿Ella? —exclamó Carl, sorprendido—. ¿Quién?

La mirada del pintor se fue hacia la pintura que estaba en el caballete.

Su amigo frunció el ceño.

—¿La pequeña Justine? ¡Maldita sea! No me digas que empezaste a perder la cabeza por esa chiquilla… Que eso lo hiciera yo, bueno. Pero tú eres un tipo sensato.

—No entiendes…

Sherman se pasó la mano por la cara sin afeitar, frotándose los

ojos enrojecidos. Luego, con gesto cansado, levantó la cabeza y miró a su amigo.

—Creí que… que veía a otra reflejada ahí, en el cuadro. Desató los demonios del pasado. ¿Comprendes?

—Ni media palabra.

—Eres… tonto… Mira, busca algo de beber. Tengo la garganta seca.

—Ya bebiste bastante. ¿Qué es eso de que otra mujer se reflejó en el cuadro?

—Venice. Fue Venice.

Carl dio un respingo.

—¿Y quién es Venice?

—Mi mujer.

—¡Por todos los diablos! Nunca me dijiste que estuvieras casado.

—No sé si lo estoy todavía… Creo que ella pidió el divorcio cuando pasaron los años. Estaba en su derecho. Podía declararme legalmente muerto.

A Carl le daba vueltas la cabeza.

—Estás desbarrando. ¿Cómo puedes estar legalmente muerto, hombre?

—Para ella, yo desaparecí. Nunca volvió a saber de mí. Cambié incluso de nombre. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No me lo preguntes. Todo eso es un enigma para mí.

—Trae algo de beber… Debe quedar un poco de *whisky* en alguna parte.

A regañadientes, Carl le complació, sirviéndose un trago para él al mismo tiempo.

Cuando hubieron bebido, el pintor murmuró:

—Creí que estaba todo olvidado. Que sólo era un lejano recuerdo… Pero no es así. Sigue ardiendo dentro de mí como una llama de odio.

—Viejo, debes estar loco. ¿Es a esa mujer, Venice, a quien temías matar si perdías el dominio de tus actos?

El pintor asintió con un gesto.

—Es una historia sórdida y vulgar. Una de esas estupideces que los hombres cometemos a veces. Simplemente, conocí a una muchacha, perdí la cabeza y me casé con ella. Era mucho más joven que yo… Casi la misma diferencia que existe actualmente entre

Justine y yo, ¿entiendes?

—Ya veo. Te la pegó.

—Dicho así suena hasta grosero.

—¿Y no es grosero en realidad? Ella te engañó, si he entendido bien lo que tratas de decir.

—Ciertamente, ésa es la cruda verdad. No me quería, naturalmente. Yo tenía algún dinero entonces… vio la posibilidad y… En fin, nos casamos. Y te juro que yo la amaba, la adoraba como a una diosa.

—No sigas. Puedo comprenderlo sin necesidad de más aclaraciones.

Sherman suspiró.

—La colmé de atenciones, de joyas: hipotequé todo mi tiempo para ganar más y más dinero con que rodearla de riquezas… incluso olvidé mis ansias artísticas. Fue la única ocasión en mi vida que dejé de soñar en el arte. Lo hice por ella. Renuncié a mis sueños.

Calló y Carl mantuvo también la boca cerrada. Había sentido curiosidad en numerosas ocasiones por conocer el pasado de SU amigo, y ahora que al parecer había provocado sus confidencias lo lamentaba profundamente.

No obstante, Bill prosiguió con el mismo tono monótono de voz:

—Un día supe que tenía un amante. Un hombre de su misma edad. Les seguí. Supe dónde se entrevistaban, dónde se amaban, ocultos como delincuentes. Todo mi mundo se derrumbó.

—¿Y qué hiciste?

—Regresé a casa. Tenía una pistola. La saqué del cajón y esperé su regreso dispuesto a matarla. Cuando volvió, pletórica de vida, de juventud, me faltó valor. Salí de la casa y no volví. Cambié de nombre y unas semanas después descubrí este lugar, hablé con el propietario y me instalé aquí, empezando a convertir en realidad mis viejos sueños.

—Ya veo. ¿No volviste a saber de ella?

—Nunca.

—¿No sabes siquiera si sigue viviendo en la que fue tu casa?

—Jamás volví allí.

—Claro. Y anoche…

Bill Sherman se encogió de hombros.

—Fue una cosa extraña… Al entrar en la casa, abajo, volví a

tener la firme sensación de que había alguien conmigo, en la oscuridad vigilándome. Luego, subí aquí y me quedé mirando el cuadro. Ante mis ojos, la figura de Justine desapareció y en su lugar apareció la imagen desnuda de Venice, tan hermosa como la recordaba, con la misma astucia en sus ojos, todo. No pude soportarlo.

—Viejo, deberías hacer que te viera un médico.

—Tonterías. No creo en esos reductores de cabezas llamados psiquiatras.

—Tú sabrás lo que haces, pero tu experiencia de anoche no me gusta nada, Bill.

El pintor se disponía a replicar, cuando bajo sus plantas sonó un sordo estrépito y las paredes se estremecieron.

—¿Qué diablos fue eso? —Gruñó Carl.

—Algo debe haberse derrumbado en el sótano. Ya sucedió otra vez, hace años. Mejor será dar un vistazo.

El pintor tomó una potente linterna eléctrica y ambos se lanzaron escaleras abajo.

El sótano era un reducto lleno de polvo cuando abrieron la estrecha puerta. Bill paseó la luz alrededor y señaló al fondo.

—Allí… Ese trozo de pared se ha caído.

—Esta casa se sostiene de milagro. Debes pensar en serio en cambiar de domicilio, Bill.

Había ingentes montones de escombros, una antigua caldera de calefacción inservible, algunas cajas de madera carcomida y nada más.

Los dos hombres esperaron a que el polvo se posara en el suelo antes de adentrarse en el sótano.

—Una bomba cayó al otro lado de la calle, durante la guerra, y estuvo a punto de derribar la fachada de esta casa —explicó Bill—. Causó suficientes destrozos como para que sus habitantes la abandonaran. Ya nunca más fue reparada y así quedó.

La luz de la linterna se paseó por el montón de escombros, descendió hacia el suelo y el pintor dijo:

—Hay un boquete por el que se ven incluso los cimientos…

—¡Para la luz ahí, Bill!

—¿Qué?

—¡Dame la lámpara!

Se la arrebató de las manos y enfocó un lugar determinado.

Entre el polvo, algo brillaba como si tuviera luz propia.

Bill se estremeció.

—¡Un ojo! —balbuceó—. ¿Cómo es posible?

—No digas sandeces…

Carl tomó la cadena del colgante, sosteniéndolo ante el foco de luz. Las gemas chispearon con cegadores reflejos.

—Dios sabe cuánto tiempo lleva esto aquí. Y parece valioso…

Sherman lo tomó en sus manos, examinándolo.

—Nunca había visto nada igual.

—Ni yo. Es una joya extraña. No me gusta.

—¿Supersticioso?

—Maldito si lo sé. Pero no me gusta. Parece como si te estuviera mirando. Hay gente con unos gustos detestables, y me refiero a quien fuera que hizo construir osa monstruosidad.

—Me pregunto a quién pertenecerá…

—Eso me parece que no lo sabrás nunca.

Los dos amigos salieron del sótano, regresando al estudio del pintor. Sherman depositó el colgante sobre una mesa y encendió un cigarrillo.

—Es un trabajo exótico —comentó—. No parece hecho en Inglaterra. Tiene reminiscencias orientales, ¿no crees?

Carl se encogió de hombros.

—No entiendo nada de estas cosas. Volviendo a lo que le dije antes, es una temeridad seguir viviendo aquí… Esto amenaza ruina, Bill.

—Habré de buscarme un estudio en otro lugar más seguro. Lo haré después de la exposición.

—No lo demores, si sabes lo que te conviene.

Sherman miró en torno.

—De todos modos echaré de menos estas paredes, esta soledad que me acogió en la peor crisis de mi vida. Sí, seguro que la echare de menos…

Carl no lo entendía, pero se abstuvo de todo comentario.

Sólo minutos después dijo:

—Voy a ir a la imprenta para dar un vistazo a los catálogos. Quiero asegurarme de que no cometen ningún error tipográfico como el de la última vez.

—De acuerdo. Nos veremos a la hora de cenar si te parece bien.

—Y no te atormentes por el pasado. Metiste la pata, viejo, y eso siempre se paga.

Carl se fue dejándolo solo. Bill Sherman se quedó mirando la puerta cerrada y sintiendo sobre sí aquella inquietante sensación de ser observado, vigilado en todo instante…

El ojo del colgante, sobre la mesa, lanzaba destellos.

CAPÍTULO XI

La exposición fue un éxito que desbordó incluso las esperanzas de Bill Sherman.

En todas las que había realizado hasta entonces le había sonreído la fortuna, especialmente a la hora de vender sus obras. Pero en esta ocasión incluso la crítica especializada se volcó en elogios y el público, el gran público, se apelotonó en la sala para admirar la obra pletórica de vida, de luz y de color que se ofrecía a sus ojos maravillosos.

Sherman, a regañadientes, porque detestaba la violación de su intimidad, hubo de soportar ruedas de prensa, entrevistas y fotógrafos hasta el extremo de que llegó a creer que estallaría en el momento menos pensado.

Fotografías suyas aparecieron en los periódicos, y reproducciones de sus obras, especialmente el maravilloso desnudo sobre fondo azul.

Carl estaba entusiasmado y no era el único.

Incluso la bellísima modelo, Justine, revoloteaba por la exposición escuchando los entendidos comentarios para soltárselos después a Sherman cuando éste se decidiera a aparecer.

Luego, el quinto día después de la inauguración, ella surgió como una aparición.

Estaba parada ante un gran lienzo representando una callejuela del Soho repleta de vida cuando Bill Sherman la vio y se quedó sin aliento, notando cómo el mundo se estremecía bajo sus pies.

Era Venice, sin ninguna duda.

Una Venice como la recordaba, rebosante de sensual atractivo, como si para ella el paso del tiempo no significara nada. Vestida con exquisito gusto, su peinado era el justo para realzar el óvalo exótico de su rostro y su ajustado atuendo moldeaba cada una de

sus suaves curvas con sugestivo descaro.

Estaba mirándola igual que hipnotizado cuando ella se volvió y sus ojos se encontraron.

Pasado el primer insumís de desconcierto, ella sonrió, avanzó y le tendió la mano.

—Creí que veía visiones cuanto contemplé tu fotografía en los periódicos —dijo con viveza—. No podía creer que fueras tú… aunque te llamases Bill Sherman.

—Venice…

—¿Puedo felicitarte? Convertiste en realidad la aspiración de toda tu vida.

Era absurdo, pensó. Después de tantos años, después de lo sucedido, era como si a ella no le importara más que felicitarle por su triunfo.

—Vamos, reacciona —sonrió la bella mujer—. Nos están mirando.

—Aún no puedo aceptar la idea de que seas tú.

—En cualquier caso no soy ninguna aparición. Soy Venice, querido.

—Ha pasado tanto tiempo…

Ella hizo un mohín.

—A las mujeres no debes mencionarles nunca el paso de los años. Disculpa, Bill… ¿No es así como quieres que te llamen ahora? No pretendo mostrarme frívola. Sé lo que pasó. Lo supe cuándo te fuiste. Yo… Bien, perdí la cabeza. Fue un espejismo. Tan pronto me abandonaste y quedé sola lo aparté de mí. Comprendí mi culpa… demasiado tarde.

—Venice…

—Dime.

—¿Nunca pediste la separación, ni siquiera cuando pudiste aducir mi muerte legal?

—Nunca. Siempre conservé la esperanza de encontrarte.

Un escalofrío recorrió los miembros del pintor.

—¿Y sigues viviendo en la vieja casa?

—No tenía otra. Era «nuestra» casa, Bill.

—Dios mío, es increíble.

Era increíble incluso su manera de reaccionar. Se sentía rejuvenecer bajo el hechizo de aquellos ojos, de aquellos labios

sensuales que le sonreían, que le incitaban, que agitaban viejos anhelos.

Justine acabó de abrirse paso entre la multitud y le descubrió. Pero contuvo su exclamación de llamada cuando le vio absorto en la contemplación de aquella sofisticada belleza.

La hermosa modelo arrugó el ceño y ya no apartó la mirada de los dos.

Luego, Carl se colocó a su lado y comentó:

—¿Qué te pasa, linda, viste un fantasma?

—Mire…

Él siguió la dirección que ella le señalaba.

—¡Cuernos! —Gruñó—. ¿La conoces?

—No…

—Es toda una mujer.

—Los hombres no ven más allá de sus narices. Esa mujer es como una serpiente.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Yo sé lo que me digo. Bill está perdiendo la brújula por alguien que no lo merece.

—Todo eso lo sabes sólo con verles hablar… Es asombroso.

—¡Al diablo con usted!

Les vieron dirigirse a un rincón, donde siguieron conversando misteriosamente. Luego, el pintor acompañó a la bellísima y excitante rubia hacia la puerta y poco después regresó solo.

Carl dijo:

—Pudiste presentármela, viejo…

—¿A Venice? No veo por qué.

—¿Venice?

Carl se quedó mudo y una mirada de inmenso asombro apareció en su cara crispada.

Justine dijo:

—¿De qué la conoces, Bill?

—No soporto los interrogatorios, querida. Ya deberías saberlo.

Se despidió con un gesto, y fue a atender a un grupo de críticos que esperaban para una entrevista.

Si hubiese podido seguir los pasos de Venice su actitud hubiera sido muy otra sin duda…

Porque la hermosa rubia caminó grácilmente por la acera, dobló

la esquina y tras asegurarse de que no era seguida se introdujo en un pequeño coche deportivo que aguardaba junto a la acera.

Frente al volante, un hombre la miró expectante.

—¿Y bien? —Se impacientó ante su silencio.

Era esbelto, de una edad aproximada a la de ella. Arrogante y bien parecido constituía el ideal de las mujeres como Venice.

Ésta se echó a reír.

—Ha sido mucho más fácil de lo que imaginaba… Ha caído a mis pies. Como un inexperto pardillo.

¿Viste si había vendido muchos cuadros?

—Casi todos. Hay el letrerito de «vendido» en la mayoría. Y sólo han pasado cinco días desde que se inauguró la exposición. Cobrará una fortuna en cuestión de semanas.

Él se recostó en el asiento. Sin mirarla murmuró:

—¿Crees que podrás hacerlo?

—¡Pues claro que sí, amor, mío! ¿Es que dudas de mis atractivos? Debieras haber visto cómo me devoraba con los ojos, cómo se estremecía cuando estrechaba mi mano… El pobre, debe haber vivido tan solo…

De nuevo se echó a reír con sarcasmo. Tras unos instantes, él también rió.

—Espero que todo salga bien —dijo—. La verdad es que si no damos ese golpe, y pronto, vamos a vernos en apuros.

—No fallará. A estas horas va está impaciente por reanudar nuestra «vida conyugal». ¿No te parece divertido?

—Mucho, sobre todo si pienso que ya hemos disfrutado de la fortuna que te dejó al desaparecer, y que ahora, por segunda vez, vamos a gozar de su nueva cosecha… No comprendo cómo existen tipos tan idiotas.

Puso en marcha el auto y condujo temerariamente calle abajo.

Desde la esquina, Justine siguió con la mirada al pequeño vehículo deportivo con un sinfín de ideas desagradables danzando en su mente.

Cuando regresó a la sala de exposiciones, Bill Sherman ya no estaba allí y eso la puso de muy mal humor…

CAPÍTULO XII

Le encontró en el estudio preparando un par de maletas.

Junto a la puerta se apilaban los lienzos que hasta entonces llenaran las viejas paredes. Todo estaba desmantelado.

Parada en la entrada, Justine paseó la mirada por lo que se le antojó un paisaje de desolación.

Bill Sherman se interrumpió en su tarea y le sonrió.

—Bueno —dijo—, no te quedes ahí. Entra.

—¿Te vas?

—Eso parece.

—¿Con ella?

—Tienes la costumbre de hacer demasiadas preguntas.

—No es buena, Bill, créeme.

—Quizá no lo fue en otro tiempo. Pero las personas cambian.

—No esa clase de personas.

Él sacudió la cabeza y cerró las maletas. Parecía más ágil, más vivaz que de costumbre.

—¿Quién es esa mujer, Bill?

—No creo que deba darte explicaciones.

—Pero tú la quieres…

—Sí.

La muchacha abatió la mirada. Sin levantarla dijo:

—Se está burlando de ti, estoy segura.

—Cualquiera creería que estás celosa. Celosa de un viejo.

—¡Maldito tonto! ¿Y qué si fuera así?

El pintor se quedó boquiabierto.

—¿Tú? —Balbuceó—. ¿Has perdido el juicio?

—Había un hombre esperándola en un coche cuando abandonó la galería de arte… Les oí reírse a carcajadas. Luego se fueron.

Él arrugó el ceño.

—Desvarías —gruñó—, y estás poniéndote desagradable.

—Sólo sé que te vas con una mujer perversa. Estoy segura que se reían de ti… ¿No entiendes lo que te digo? ¡Había un hombre esperándola dentro de un coche!

Él decidió tomar las cosas con ironía.

—Espiar a la gente no es de personas bien educadas, pequeña fisgona —rió—. Acércate.

Ella avanzó cautelosamente, como si temiera recibir una azotaina.

Durante unos instantes Bill Sherman la miró al fondo de sus limpios ojos y sonrió.

—No puedo enfadarme contigo —murmuró—. Aunque lamento tu actitud porque no quisiera perder tu amistad por nada del inundo. ¿Qué puedo hacer para…?

—¡No vayas! Eso es lo único que puedes hacer.

—Te equivocas… es lo único que sí puedo hacer. Algún día te lo explicaré todo y comprenderás.

Miró en torno. Sobre la mesa vio el exótico colgante y su rostro se animó.

—Mira —dijo tomándolo—. Para que conserves un recuerdo de mí… Te lo regalo.

Lo deslizó en torno al cuello de la muchacha, pero Justine estaba demasiado furiosa para aceptar nada de él así que se lo quitó violentamente, rechinó los dientes y exclamó:

—¡Maldito estúpido! Guárdate esta tontería para ti… Quizá te de apariencia de joven *hippie*. Sólo te faltará vestirte como un payaso para hacer más el ridículo.

Antes que él pudiera replicar, le pasó la cadena en torno al cuello, dio media vuelta y se fue corriendo para evitar que él pudiera sorprender las lágrimas que desbordaban de sus ojos.

Bill Sherman sacudió la cabeza y sintió tentaciones de reír.

Luego, pensó en las palabras de la muchacha. Tal vez fuera cierto que un hombre esperaba a Venice en un auto cuando abandonó la sala de exposiciones… y si eso era así…

Repentinamente, todo su cuerpo sufrió una atroz sacudida. Creyó que sus huesos iban a quebrarse, que los músculos saltaban fuera de sitio y que un fuego abrasador penetraba en su sangre lanzándola locamente contra el corazón que golpeaba salvajemente

contra sus costillas.

Se desplomó con un agudo quejido, revolcándose por el suelo presa de una lacerante tortura que amenazaba con matarle. Deseó gritar, aullar pidiendo ayuda porque el cerebro parecía saltar en pedazos…

Una cortina roja se extendió ante sus ojos, como un estallido de sangre y de dolor. Y luego, poco a poco, todo amainó, dejándole acurrucado sobre sí mismo, retorcido angustiosamente en el suelo.

Abrió los ojos y miró en torno. Todo seguía igual, pero se le antojó que los dolores eran más vivos y la luz más brillante. La sangre circulaba con desconocido vigor por todo el cuerpo.

Se incorporó y quedó muy sorprendido al darse cuenta de la extraña y ligera agilidad que sentía en todos sus miembros.

Fue al mirarse las manos que captó el primer síntoma del fenómeno, porque aquéllas no eran las manos que le pertenecían, sino las de un hombre joven y fuerte.

Estupefacto, se las llevó a la cara. No pudo sorprender las familiares arrugas en torno a los ojos. Aquélla no era su piel…

Tambaleándose, buscó un espejo y contempló la asombrosa imagen que se reflejaba en él.

La imagen de un hombre joven, arrogante y de un extraño e increíble atractivo. Y la juventud no estaba sólo en aquella imagen, sino que la sentía vibrar, circular tumultuosa por sus venas con una energía como no sintiera jamás.

El colgante… por alguna suerte de hechizo, aquella alhaja tenía el poder de rejuvenecerle…

Se derrumbó en el diván tratando de asimilar su nueva vida, su personalidad, que tantas posibilidades abría ante un futuro radiante.

Encendió un cigarrillo con manos que temblaban. Su mente era un caos, pero todo el torbellino de ideas giraba en torno a Venice y a su encuentro con esta nueva juventud. ¿Cómo explicárselo?

O quizá…

Se enderezó súbitamente tenso.

Tenía en las manos la posibilidad de saber con certeza la veracidad de las promesas de la que aún era su mujer. Después de todo Justine había conseguido introducir en su conciencia la semilla de la duda.

Sorprendentemente lúcido abandonó el estudio decidido a poner en práctica la prueba definitiva.

* * *

Venice le miraba con ojos absortos a través de la mesa. Estaba sobrecogida por la impresión turbadora que le producía el joven arrogante, tan atractivo como ningún otro hombre que hubiera conocido jamás.

—Haberte conocido precisamente ahora —susurró en un momento determinado—. El destino debiera habernos unido mucho antes, querido.

—¿Qué tiene de malo conocernos aunque sea ahora?

—Nada, nada en absoluto. Pero… Bien, he de resolver algunos negocios importantes en las semanas próximas.

—¿Qué clase de negocios?

—Nada que pueda interponerse entre nosotros. ¡Oh, querido! En realidad sólo tenemos esta noche.

Él sintió que algo se desgarraba en su interior.

Había confiado en que Venice fuera fiel esta vez que ante la inminencia de su nueva unión con el que seguía siendo su esposo ante la ley, conservase un mínimo de decoro.

De pronto, ella se levantó murmurando:

—Vámonos, cariño.

Él dejó unas monedas sobre la mesa del restaurante y ambos salieron a la niebla de Londres. Caminaron en silencio, las manos unidas, hasta la vieja casa que él había recordado a lo largo de los años.

Por dos veces, no obstante, se volvió sobresaltado porque había tenido la sensación de que alguien les seguía.

No pudo ver a nadie en medio del sombrío sudario.

Venice abrió la puerta con la llave y encendió la luz del vestíbulo.

Él miró en torno.

Todo seguía igual.

O casi igual.

Los valiosos cuadros que habían enriquecido las paredes ya no estaban allí. Habían desaparecido.

Ella se volvió a mirarle.

—Tienes que prometerme que, durante las próximas semanas, no tratarás de volver a esta casa, no intentarás siquiera verme —dijo con voz tensa—. Después, todo será distinto. Sólo existiremos tú y yo… podremos gozar del amor donde quiera que se nos antoje…

—Está bien, si es así como lo quieres, pero estoy sorprendido por tanto misterio.

—Cuando todo haya terminado podré explicártelo.

Él cabeceó asintiendo. Por segunda vez se sentía burlado por esa mujer. Pero también como antaño una fuerza vieja como el mundo le empujaba hacia olla, hacia el hechizo irresistible de su cuerpo y de su belleza.

Resueltamente, ella le tomó la mano tirando de él hacia la amplia escalinata que conducía a las dependencias superiores.

—Ven —susurró tan sólo.

Y él fue, con la sangre latiéndole dolorosamente en las venas.

El dormitorio sí había cambiado. Los viejos y nobles muebles que hubiera antes habían sido sustituidos por otros vulgares, de colores llamativos que le daban cierto aspecto de burdel de lujo.

Desolado, él miró en torno, incrédulo.

Después, ella le rodeó con sus brazos desnudos y sus bocas de encontraron. Insensiblemente, Venice tiró de él y después se dejó deslizar hacia atrás, sobre el lecho.

El extraño fuego que la penetraba bajo el influjo del beso resultaba tan enloquecedor como una droga. Murmuró palabras apasionadas, palabras que apenas llegaban a la conciencia del hombre que se debatía en un mar de amargas dudas, de lacerantes frustraciones provocadas por la ligereza de la mujer a la que de nuevo había estado dispuesto a adorar.

Y que adoraba aún a pesar de todo.

La abrazó estrechamente, derretidas las barreras de la duda y el despecho y se entregó al amor sin más reservas.

Entonces la sintió agitarse locamente entre sus manos. Un alarido bestial escapó de aquella hermosa garganta mientras todo su cuerpo era sacudido por salvajes contracciones.

Se echó atrás, estupefacto y atemorizado.

El ser que se agitaba aún entre sus manos ya no era Venice, sino un monstruo humeante, de rostro carcomido, renegrido un rostro

cuyo labio eran un tajo purulento, abrasado, nauseabundo.

Saltó atrás aullando de terror, enloquecido por un espanto sin límites, mirándose las manos con incredulidad.

A trompicones llegó a la puerta. «Aquello» que es taba sobre la cama se agitaba aún débilmente. Una sutil nube de humo se desprendía del abrasado amasijo informe, al tiempo que un hedor corrosivo lo llenaba todo.

Salió del dormitorio dando tumbos, a punto de desplomarse, incapaz de soportar tanto horror. Nunca supo cómo descendió las escaleras, cómo llegó al vestíbulo ni cómo abrió la puerta.

Por ella se coló la niebla empujada por una ligera brisa. Antes de salir se volvió. Jamás regresaría a ese infierno… nunca más.

Se quedó paralizado de espanto al ver la alta y oscura silueta en mitad del vestíbulo. Una silueta que los girones de niebla que penetraban por el portalón abierto difuminaban.

—¿Qué… quién…? —sollozó.

No obtuvo respuesta. Fuera quien fuese, se mantuvo inmóvil, sombrío.

Repentinamente, recordó el colgante. Era la causa de todo… de su metamorfosis, de su poder y de su propio espanto. Furiosamente se lo arrancó del cuello. La figura fantasmal se adelantó entonces unos pasos.

—¡No lo quiero! —Rugió Sherman—. ¡No lo quiero…!

Un sollozo ahogó su voz. Arrojó el colgante hacia aquella cosa que se acercaba, dio media vuelta y echó a correr.

Sus piernas se cansaron de repente. Ya no eran las piernas de un hombre joven, sino las suyas. Todo volvía a sus cauces…

Cuando llegó al estudio, Justine estaba allí, sola, fumando un cigarrillo en el diván.

—¡Bill! —exclamó—. ¿Qué te ha sucedido? ¡Estás lívido…!

—No lo sé… ¡No quiero saberlo!

Se detuvo ante la muchacha. Sus manos temblaban cuando las levantó hacia ella.

—Una pesadilla —musitó—. Un sueño espantoso…

—Aquí no hay pesadillas, Bill. Sólo estoy yo.

—Ven, acércate…

—Me das miedo… ¿Qué te pasa, Bill?

Él no replicó. Sólo la tocó con las puntas de los dedos, con un

temor oscuro culebreando por todos sus miembros.

No sucedió nada. Ella sólo se estremeció bajo su contacto.

—Bill —susurró—. Es la primera vez que me tocas…

—No te muevas. ¡Por Dios, no te muevas!

—Si hay algo en este mundo que no deseo ahora es alejarme de ti.

Poco a poco, él cerró las manos en torno a su cuerpo. La vio sonreír, la sintió vibrar, estremecerse de gozosa y anticipada entrega, pero nada más.

Cuando al fin ella le rodeó el cuello con los brazos y sus labios buscaron el beso que estalló como un impacto él supo que la pesadilla ya había desaparecido, que el horror no tenía cabida allí…

Sin saberlo, se había librado a tiempo del ojo maligno… del «ojo del infierno».

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.